

2006

Grados de libertad: Democracia y antidemocracia en Cuby y Luisiana, 1898-1900

Rebecca J. Scott

University of Michigan Law School, rjscott@umich.edu

Available at: <https://repository.law.umich.edu/articles/1685>

Follow this and additional works at: <https://repository.law.umich.edu/articles>



Part of the [Civil Rights and Discrimination Commons](#), [Comparative and Foreign Law Commons](#), [Constitutional Law Commons](#), [Law and Race Commons](#), and the [Legal History Commons](#)

Recommended Citation

Scott, Rebecca J. "Grados de libertad: Democracia y antidemocracia en Cuby y Luisiana, 1898-1900." *Historia Social*, no. 54 (2006): 19-50.

This Article is brought to you for free and open access by the Faculty Scholarship at University of Michigan Law School Scholarship Repository. It has been accepted for inclusion in Articles by an authorized administrator of University of Michigan Law School Scholarship Repository. For more information, please contact mlaw.repository@umich.edu.

GRADOS DE LIBERTAD: DEMOCRACIA Y ANTIDEMOCRACIA EN CUBA Y LuisIANA, 1898-1900*

Rebecca J. Scott

¿Qué me importa que la prueba que hemos diseñado sea vieja o nueva? ¿Qué me importa que sea más o menos ridícula? ¿No resuelve el problema? ¿No le permite votar al hombre blanco y se lo impide al negro, y acaso no es eso lo que vinimos a hacer aquí?

Ernest B. Kruttschnitt, presidente, Convención constituyente de Luisiana de 1898^a

CON la intervención de los Estados Unidos en la guerra de independencia de Cuba, se tensaron los lazos —de inversiones, mercados, exilio— que unían a ambas sociedades. Pero si bien la existencia de esos nexos resultaba evidente, su significado no lo era. Cuando el gobierno de McKinley invocó los abusos del gobierno español como justificación para la guerra, los periódicos afronorteamericanos señalaron con acritud que el gobierno parecía mucho más preocupado por las violaciones de los derechos individuales cometidas por los españoles contra los cubanos que por las perpetradas por los ciudadanos blancos contra los ciudadanos negros en Georgia o Luisiana. Por su parte, muchos patriotas cubanos sentían la preocupación de que el ejército invasor trajera consigo la pretensión de soberanía estadounidense sobre la isla, y, quizás también, elementos del orden racial imperante en aquel país.¹

En el momento en que los Estados Unidos se aprestaban a librar su guerra contra España, los políticos y los tribunales norteamericanos reevaluaban la relación existente entre ciudadanía y sufragio. A inicios de 1898 se convocó una convención para redactar una nueva constitución del estado de Luisiana. Al igual que sus colegas de otros estados del

* Este artículo es una versión modificada del capítulo 6 de Rebecca J. Scott, *Degrees of Freedom: Louisiana and Cuba after Slavery*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2005. Ha sido traducido por Esther Pérez Pérez. Se publica con el permiso de Harvard University Press para el texto, y de la Editorial de Ciencias Sociales (La Habana) para la traducción.

^a Discurso del 13 de mayo de 1898, en Louisiana: *Official Journal of the Proceedings of the Constitutional Convention of the State of Louisiana, Held in New Orleans, Tuesday, February 8, 1898*, H. J. Hearsey, Nueva Orleans, 1898, p. 380.

¹ George P. Marks III (ed.), *The Black Press Views American Imperialism (1898-1900)*, Arno Press, Nueva York, 1971, especialmente pp. 201-207; y Willard B. Gatewood, Jr., *Black Americans and the White Man's Burden, 1898-1903*, University of Illinois Press, Urbana, 1975.

Sur, los delegados de Luisiana se dieron a la tarea de realizar una embestida contra lo que quedaba en pie de las garantías consagradas en 1870 por la Décimo Quinta Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos. Los esfuerzos encaminados a limitar el voto de los afronorteamericanos eran un elemento clave de la existencia política misma de los demócratas del Sur desde que la aprobación por el Congreso de los Estados Unidos de las Leyes de la Reconstrucción hiciera posible el voto de los varones negros en 1867. Lo nuevo en la década de 1890 era la disposición de estos políticos blancos a emprender un ataque frontal contra el sufragio negro, primero mediante estatutos y después mediante un conjunto de nuevas constituciones estatales diseñadas expresamente con ese fin.²

La posibilidad de los ex esclavos y sus descendientes de participar en la vida política estaba amenazada tanto en Luisiana como en Cuba. En ocasiones como soldados, en otras como votantes o en su propia condición de trabajadores, los trabajadores de la caña de ambas sociedades se esforzaban por preservar su derecho a la ciudadanía. Pero estas dos historias sobre las adaptaciones que tuvieron lugar en el período que siguió a la emancipación se convirtieron en 1898 en una sola: son dos trayectorias que se entrecruzan y chocan a cada paso.

La intersección de estos dos dramas supuso también la aparición de un entramado de individuos. Entre los soldados estadounidenses que embarcaron hacia Cuba en 1898 había voluntarios afronorteamericanos procedentes de Nueva Orleáns, Donaldsonville y otros poblados de Luisiana, que llevaban consigo aspiraciones al respecto y la ciudadanía, así como su propia interpretación acerca de la lucha cubana por la independencia, y de Antonio Maceo, su líder ya caído en combate.³ El hombre a quien el presidente William McKinley eligió para desempeñarse como primer gobernador militar de Cuba en 1899 fue el general John R. Brooke, un oficial nacido en Pennsylvania que había sido enviado a varios pueblos de Luisiana en la década de 1870 para tratar de proteger a los votantes negros de los ataques de blancos armados. En 1874, el coronel Brooke se había desempeñado durante veinticuatro horas como gobernador militar en funciones de la ciudad de Nueva Orleáns, con órdenes de intermediar entre los miembros de la White League^b que habían ocupado la casa de gobierno de Luisiana y el tambaleante gobernador republicano William Kellog, a quien debía devolverle las riendas del gobierno. En Luisiana en 1874, y en Cuba en 1899, John R. Brooke encarnaba el poder del gobierno federal de los Estados Unidos en situaciones en que las estructuras de la soberanía y los derechos de representación estaban lejos de haber sido resueltos, y ejerció una autoridad formal en contextos políticos que pronto quedarían fuera de su control.⁴

Durante toda la década de 1890, la situación política de los ciudadanos negros de Luisiana había sido precaria. En 1888, el estado había censado 128.150 votantes clasifica-

² La Décimo Quinta Enmienda establece que “el derecho de los ciudadanos de los Estados Unidos no será denegado o limitado por los Estados Unidos o por ningún estado por motivos de raza, color de la piel o previa condición de servidumbre”. Ver J. Morgan Kousser, *The Shaping of Southern Politics: Suffrage Restriction and the Establishment of the One-Party South*, Yale University Press, New Haven, Conn., 1974, especialmente pp. 60-61, 152-165; y Michael Perman, *Struggle for Mastery: Disfranchisement in the South, 1888-1908*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2001.

³ Ver William Hilary Coston, *The Spanish-American War Volunteer* (1899; reedición, Books for Libraries Press, Freeport, N.Y., 1971).

^b La White League era una asociación de partidarios de la supremacía blanca.

⁴ Ver Joseph G. Dawson III, *Army Generals and Reconstruction: Louisiana, 1862-1877*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1982, pp. 171-175, 226-232. El general James H. Wilson, designado gobernador de las provincias cubanas de Matanzas y Santa Clara, había tenido algunas experiencias en el Sur que databan de 1865, cuando tropas a su mando capturaran al presidente de la Confederación, Jefferson Davis. Ver Dumas Malone (ed.), *Dictionary of American Biography*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1936, pp. 334-336.

dos como “de color” y 125.407 clasificados como “blancos”.⁵ Ese equilibrio era el hecho de fondo que había mantenido vivas las políticas republicana, popular y fusionadora,^c al tiempo que alimentaba en los partidarios de la supremacía blanca los intentos de fraude y supresión de votos. Aunque en los condados azucareros los Caballeros del Trabajo habían sido aplastados en 1887, en diversos puntos del estado se mantenían los esfuerzos organizativos interraciales. En los muelles de Nueva Orleans, estibadores y cargadores blancos y negros luchaban para encontrar un *modus vivendi* que protegiera sus intereses, y en los condados del norte, trabajadores forestales y miembros del People’s Party (Partido Popular) transgredían las barreras del color para unir sus fuerzas.⁶ Esas alianzas eran frágiles y estaban cuajadas de peligros y sujetas a los embates del racismo explícito e implícito, incluso en sus propias filas. Además, tornaban muy vulnerables a los trabajadores negros, como tuvo ocasión de comprobar rápidamente el médico negro Sterling Price Brown, cuando fue en ayuda de los trabajadores negros de los muelles durante las huelgas que se produjeron a mediados de la década de 1890. Cuando se encontraba allí, los huelguistas fueron atacados por “una turba de camorristas blancos”, compuesta por trabajadores cuyo sindicato, antes interracial, había expulsado a los trabajadores negros que cargaban las balas de algodón en el puerto y después había intentado impedirles que buscaran trabajo por su cuenta.⁷

En Luisiana, el Partido Demócrata marchaba a la cabeza, pero de manera insegura. Los demócratas habían visto a los políticos de las zonas urbanas hacerles concesiones a los trabajadores portuarios, blancos y negros, y a los populares de las áreas rurales del norte del estado ganar votos de negros y de blancos. A pesar de la supresión del voto y la intimidación, los afronorteamericanos seguían representando un voto potencialmente decisivo para los partidos o facciones enfrentados, encabezados por políticos blancos. Los populares de Luisiana habían incluido, desde su fundación, a miembros blancos y negros de los Caballeros del Trabajo y la Farmers’ Alliance (Alianza Campesina), y comenzaban a adquirir una fuerza que alarmaba a los demócratas. La “política fusionadora”, que incorporaba algunos elementos de las coaliciones electorales interraciales desmembradas por la exitosa movilización de los partidarios de la supremacía blanca en la década de 1870, volvió a salir a la superficie en 1894 y 1896, como una amenaza potencial a la continuidad del dominio demócrata. La creación de coaliciones encabezadas por los populares era más pronunciada en los condados del norte, pero en Nueva Orleans y en las zonas cañeras, donde había una historia de activismo de los Caballeros del Trabajo y una clase plantadora dividida entre los demócratas de la White League y los republicanos que favorecían los aranceles, también se realizaban maniobras electorales para atraer el voto de los negros.⁸

Lo que estaba en el fondo de la reactivación del republicanismismo de la elite en Luisiana era el tema perenne de los aranceles, porque los productores de azúcar tenían una necesidad constante de protección contra las importaciones cubanas, que eran más baratas. El

⁵ Louisiana, Department of State, *Report of the Secretary of State to His Excellency W. W. Heard, Governor of the State of Louisiana*, 12 de mayo de 1902, Baton Rouge News Pub. Co., Baton Rouge, 1902.

^c Los populares (o *populists*) eran los miembros del People’s Party (Partido Popular). La política fusionadora (en inglés *fusionist politics*) era la de coaliciones, en ocasiones interraciales, que constituían una alternativa a los demócratas partidarios de la supremacía blanca.

⁶ Ver William Ivy Hair, *Bourbonism and Agrarian Protest: Louisiana Politics, 1877-1900*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1969; Eric Arnesen, *Waterfront Workers of New Orleans: Race, Class, and Politics, 1863-1923*, Oxford University Press, Nueva York, 1991; y David Roediger, “Gaining a Hearing for Black-White Unity: Covington Hall and the Complexities of Race, Gender and Class”, en D. Roediger, *Toward the Abolition of Whiteness: Essays on Race, Politics, and Working Class History*, Verso, Londres, 1994.

⁷ Ver la biografía de Brown en William Hilary Coston, *Spanish-American War Volunteer*, pp. 83-85; y ver también Arnesen: *Waterfront Workers*, pp. 128-134, 140.

⁸ Ivy Hair, *Bourbonism*, caps. 9, 10.

Partido Demócrata nacional y el gobierno del presidente Grover Cleveland se habían tornado cada vez más hostiles a las medidas proteccionistas, y ello había hecho que algunos plantadores del sur de Luisiana buscaran una alianza estratégica con la representación republicana en el Congreso federal. El resultado fue la creación de un Partido Nacional Republicano en el estado, cuyo núcleo eran los plantadores que favorecían la imposición de aranceles y que buscaba nuevas coaliciones para hacerse con el poder en Luisiana. En 1896, los condados azucareros de la zona de los *bayous*^d se convirtieron en un lugar clave para el establecimiento de una alianza entre el Partido Popular y el Partido Nacional Republicano.⁹

Para los plantadores republicanos, se trataba de una alianza puramente estratégica. Pero como cualquier coalición, potencialmente podía incrementar la cuota de poder de sus socios menores. Para calmar los temores de sus pares en cuanto al posible renacimiento de un significativo poder político negro, el plantador republicano Henry McCall planteó que “los viejos temas de la guerra y la Reconstrucción han muerto; la *force bill*^e y las leyes electorales están enterradas y no resucitarán; los temas del futuro son industriales, económicos y sociales”.¹⁰ John N. Pharr, que era el propietario de una vasta plantación en el condado de St. Mary, se presentó por el Partido Nacional Republicano como candidato al cargo de gobernador del estado, con la consigna de que podía hacer funcionar un nuevo tipo de alianza interracial. En sus discursos, el hombre que había expulsado a los huelguistas de su plantación en 1887 adoptaba un tono más inclusivo: “Me crié con los negros y trabajé con ellos codo a codo durante más de veinte años. Puedo afirmar sin temor a mentir que nunca los he visto ser otra cosa que buenos trabajadores, y tan honestos como la mayoría de los hombres”.¹¹

Bajo el llamado aparentemente respetuoso de Pharr a una alianza electoral se escondía una inconsistencia crucial, implícita en su uso de la frase “codo a codo”. Es cierto que trabajar “codo a codo” puede generar respeto mutuo. Pero Pharr, que era propietario de grandes extensiones de tierra para cuyo cultivo empleaba jornaleros, usaba la frase metafóricamente, como los industriales que cantaban las loas de la “armonía de intereses” entre el trabajo y el capital. En su formulación, el blanco y “los negros” marchaban “codo a codo”, pero de manera asimétrica, porque mientras los segundos seguirían siendo “buenos trabajadores”, sin más aspiraciones que un salario, el otro era un ciudadano que podía acumular propiedades y aspirar a un cargo electivo. Los electores negros podrían votar por Pharr, y este quizás podría tratar de atraer sus votos y después reconocerlos. No obstante,

^d El término inglés *bayou* (tomado del francés) se refiere a corrientes de agua de curso más lento que el río del que parten. La mayoría de los bayous de Luisiana desembocan en el Golfo de México.

⁹ El arancel Wilson-Gorman de 1894, del que se quejaban los productores de Luisiana porque lo consideraban muy bajo, les parecía insoportablemente alto a los productores cubanos. Ese arancel también condujo a España a adoptar medidas proteccionistas, lo que afectó aún más el comercio de Cuba con los Estados Unidos. Ver Hugh Thomas, *Cuba: The Pursuit of Freedom*, Harper and Row, Nueva York, 1971, pp. 290-291; y Alan Dye, *Cuban Sugar in the Age of Mass Production: Technology and the Economics of the Sugar Central, 1899-1929*, Stanford University Press, Stanford, California, 1998, pp. 50-51. Sobre Luisiana, ver John Alfred Heitmann, *The Modernization of the Louisiana Sugar Industry, 1830-1910*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1987, pp. 166-167, 245; ver Ivy Hair, *Bourbonism*, cap. 10.

^e Reconstrucción es el nombre que se ha dado al período que media entre 1865 y 1877, cuando los estados del Sur, ocupados por fuerzas del Ejército Federal, abrieron sus sistemas electorales a los ciudadanos negros. La llamada *force bill* eran leyes del Congreso federal (los *Enforcement Acts* de 1870 y 1871) encaminadas a reforzar el derecho al voto de los negros en el Sur. Fueron revocadas en la década de 1890.

¹⁰ Citado en John Alfred Heitmann, *The Modernization of the Louisiana Sugar Industry*, p. 246.

¹¹ Citado en Perry H. Howard, *Political Tendencies in Louisiana, 1812-1952*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1957, p. 98. Sobre la fortuna y las actividades de Pharr en 1887, ver Ivy Hair, *Bourbonism*, pp. 252, 256.

una vez fuera del salón donde se celebrara el mitin político, probablemente ni Pharr ni los electores negros se llamaban a demasiado engaño acerca del carácter de la transacción. La política fusionadora no conllevaba una fusión de los intereses locales.

El paternalismo y la hipocresía de Pharr resultaban evidentes, pero el problema era más profundo. La evolución de los patrones de empleo en los cañaverales de Luisiana después de la emancipación prácticamente excluía la posibilidad de que los trabajadores blancos y negros trabajaran realmente codo a codo en tareas *comunes*, que es una situación mucho más proclive a producir alianzas y una solidaridad efectivas que la mera proximidad física.¹² En el día a día, los trabajadores blancos y negros del azúcar permanecían bastante separados, y sus tareas y lugares de trabajo y de residencia eran diferentes, incluso dentro de los límites de una misma plantación. Los asalariados que desempeñaban las tareas agrícolas eran mayoritariamente negros, salvo un modesto número de italianos, la mayoría migrantes estacionales. El trabajo industrial asalariado en los centrales azucareros era mayoritariamente blanco. Los *quarters*^f albergaban a trabajadores negros; en la casa del capataz y otras edificaciones aledañas se alojaban los empleados y arrendatarios blancos. Este patrón no era un simple “legado” mecánico de la esclavitud, sino el resultado de prácticas de empleo muy segmentadas y de la represión del movimiento de los trabajadores.¹³

Por otra parte, había muchas maneras de ser pobre en el campo, y ellas no necesariamente implicaban los mismos intereses políticos y económicos inmediatos. Los trabajadores azucareros blancos tendían a ser arrendatarios o minifundistas que trabajaban por un salario sólo de forma estacional, o habitantes de los pueblos que desempeñaban un trabajo asalariado en el ingenio: ambas situaciones daban pie a intereses muy diferentes a los de los jornaleros negros que realizaban las labores agrícolas y que vivían y trabajaban todo el año en la plantación. El arrendamiento y la propiedad de tierras estaban, en lo fundamental, fuera del alcance de los agricultores negros de la zona azucarera de los condados de los *bayous*, y las pocas familias de color que lograban hacerse con tierras, por lo general lo hacían en calidad de aparceros, no de propietarios o arrendatarios. Todos los habitantes de los condados azucareros tenían interés en mantener altos los precios del azúcar, pero los propietarios, los arrendatarios y los jornaleros diferían en lo relativo a la parte que debía dedicarse a los salarios. Además, aunque los salarios de los trabajadores dependían de que el mercado azucarero fuera boyante, los asalariados no necesariamente compartían el deseo de los pequeños agricultores de mantener altos los precios de otras mercancías.¹⁴

¹² Para una investigación sobre psicología educativa que subraya la importancia de la colaboración en comparación con el simple contacto, ver Rupert Brown: *Prejudice: Its Social Psychology*, Blackwell, Oxford, 1995, pp. 254-256.

^f Conjuntos de casas modestas de madera.

¹³ Sobre la geografía social de las plantaciones azucareras, ver John B. Rehder, *Delta Sugar: Louisiana's Vanishing Plantation Landscape*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1999, cap. 2. Sobre los migrantes estacionales italianos, ver Jean Ann Scarpaci, “Italian Immigrants in Louisiana's Sugar Parishes: Recruitment, Labor Conditions, and Community Relations, 1880-1910”, tesis de doctorado, Rutgers University, 1972.

¹⁴ Sobre las divergencias de intereses entre aparceros, arrendatarios y trabajadores agrícolas, ver Harold Woodman, *New South: New Law: The Legal Foundations of Credit and Labor Relations in the Postbellum Agricultural South*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1995; y Neil Foley, *The White Scourge: Mexicans, Blacks, and Poor Whites in Texas Cotton Culture*, University of California Press, Berkeley, 1997. Sobre el color de la piel y el empleo en Luisiana, ver Ivy Hair, *Bourbonism*; John C. Rodrigue, *Reconstruction in the Cane Fields: From Slavery to Free Labor in Louisiana's Sugar Parishes, 1862-1880*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2001; y U.S. Bureau of the Census, *Thirteenth Census of the United States Taken in the Year 1910*, vol. 6, *Agriculture 1909 and 1910*, Government Printing Office, Washington, D.C., 1913, pp. 678-679. El condado de Lafourche, por ejemplo, contaba con 1.140 granjeros blancos, y con sólo 71 “negros y otros no blancos”.

Los populares intentaron por diversas vías vincular los intereses de los pequeños agricultores y los trabajadores asalariados, pero era una tarea ardua. A ello hay que agregar que la alianza estratégica con los plantadores del Partido Nacional Republicano amenazaba con erosionar aún más el atractivo de clase de los populares. Un periódico local intentó aunar los intereses que mantenían unida a la coalición en una única oración que desafia los mejores pulmones: “El Terrebonne Times está Consagrado a Abogar por los Principios Republicanos en los Asuntos Nacionales y Estatales en Especial por una Política Proteccionista del Gobierno Nacional para todas las Industrias Norteamericanas y el Bienestar y los Intereses de las Clases Trabajadoras”. Es muy probable que los veteranos de los esfuerzos organizativos llevados a cabo por los Caballeros del Trabajo en 1887 se sintieran escépticos sobre la profundidad de esa fusión.¹⁵

Añádase que la manera en que se formulaban los intereses políticos y económicos divergentes podía ser tan importante como los intereses mismos.¹⁶ Los políticos y la prensa demócratas describían una y otra vez a los trabajadores y los votantes negros con un lenguaje encaminado a minar el respeto entre blancos y negros. Los epítetos y estereotipos racistas que llenaban las páginas de los diarios reforzaban una insidiosa imagen del “voto negro” como algo que los demócratas podían robar y los republicanos cortejar cuando les convenía. Una de las aseveraciones más frecuentemente reiteradas por quienes querían limitar el derecho al voto era que los hombres cuyos votos era posible robar “no eran dignos de los derechos que entraña la ciudadanía”.¹⁷ La mala fe de esa acusación resultaba pasmosa, por supuesto, porque eran los ladrones quienes hacían burla de los robados. Pero el propósito de la afirmación era que se asociara a los votantes negros con la corrupción, de modo que se pudiera presentar la limitación del derecho al voto como una “reforma”.

Tanto los populares como los miembros del Partido Nacional Republicano resultaban beneficiados por una relativa amplitud del sufragio, y también ambos dependían de los votos de los agricultores y asalariados blancos, que podían resultar excluidos si se establecían requisitos como la alfabetización o la tenencia de propiedades con el propósito de impedir que los ciudadanos negros votaran. Por el momento, se oponían a las iniciativas de limitación del voto. Pero también era posible una variante “blanca como un lirio” de su alianza electoral. A algunos candidatos republicanos podía incluso parecerles preferible disminuir el número total de electores que admitir que funcionarios electorales corruptos, partidarios de los demócratas, “contabilizaran” votos de ciudadanos negros cuyos nombres aparecían en los registros electorales, pero que no habían ejercido su derecho a votar. No habría sido un buen consejo para ningún votante negro recomendarle que confiara en el Partido Nacional Republicano como aliado a largo plazo.¹⁸

En las elecciones celebradas en la primavera de 1896, los demócratas echaron mano de las invectivas e insultos raciales de costumbre. Un periódico se refirió a la candidatura de sus contrarios como “John N(igger) & Pharr” y “la papeleta negro-popular de la igualdad social”. No obstante, las meras invectivas no podían eliminar los votos. En el condado de St. Landry algunas mujeres negras fueron golpeadas con alambre de púas con el fin de intimidar a familias que se inclinaban a apoyar la candidatura fusionadora de los populares y

¹⁵ La cita es del *Terrebonne Times*, 17 de julio de 1887.

¹⁶ Sobre armas del lenguaje y marcos cognitivos, ver cap. 7, “Framing the Issue: Elite Discourse and Popular Understanding”, en Donald Kinder y Lynn M. Saunders, *Divided by Color: Racial Politics and Democratic Ideals*, University of Chicago Press, Chicago, 1996.

¹⁷ Ver la cita del *Baton Rouge Daily Advocate* del 27 de enero de 1892, en Ivy Hair, *Bourbonism*, p. 234.

¹⁸ De hecho, se llegó a conocer a los miembros del Partido Nacional Republicano como “los lirios blancos”, a diferencia de los “republicanos normales”, que incluían al ex gobernador Henry Clay Warmoth. Ivy Hair, *Bourbonism*, pp. 247-248.

¹⁹ *Nigger* es una palabra sumamente despectiva para referirse a los negros en los Estados Unidos.

Foto de Lewis W. Hine



el Partido Nacional Republicano, y en el condado de East Baton Rouge un candidato de los populares resultó herido de bala. A pesar de ello, John Pharr, el candidato del Partido Nacional Republicano, ganó en todos los condados azucareros de los *bayous* y en muchos de la zona del norte del estado. Alertados por los líderes del partido de que era “deber de los demócratas robarles los votos a los populares y republicanos donde y cuando quiera que se presente la ocasión”, funcionarios demócratas de los condados ribereños mayoritariamente negros “contabilizaron” fraudulentamente votos que el partido no podía obtener por otros medios. De ahí que los demócratas afirmaran haber recibido el 56% del voto total registrado, lo que fue recibido con vigorosas protestas por populares y republicanos. La estrechez del margen inevitablemente tentaba a las facciones en pugna a construir alianzas para la próxima vuelta. Un poco después, ese mismo año, una coalición legislativa igualmente insólita de populares, republicanos y miembros de la Citizen’s League (Liga Ciudadana) de las zonas urbanas casi logró elegir un reformista al Senado de los Estados Unidos. Pero Samuel D. McEnery, el viejo agitador del trapo rojo de la raza —quien consideraba que la segregación por el color de la piel era una prescripción refrendada por Dios Todopoderoso—, logró salir electo por un estrecho margen.¹⁹

Con el gobierno del estado y la delegación al Senado seguras, los demócratas de Luisiana se volcaron de nuevo a su tarea fundamental: destruir la base electoral para futuros enfrentamientos en las urnas. Era urgente dar el primer paso, porque se aproximaban las elecciones presidenciales de noviembre de 1896. En los registros electorales aún aparecían

¹⁹ Ivy Hair, *Bourbonism*, cap. 10; J. Morgan Kousser, *The Shaping of Southern Politics*, pp. 152-165; y Michael Perman, *Struggle for Mastery*, cap. 7.

alrededor de 130.000 votantes negros, lo que representaba el 44% del total de los votantes registrados. Incluso, algunos llegaron a pensar que era posible que el republicano McKinley ganara en el estado, si los votantes locales de los republicanos y los populares lograban hacer uso de sus votos con entera libertad. Los demócratas apelaron inicialmente a una táctica diseñada para atraer a los partidarios de un “buen gobierno”, opuestos a los aparatos partidarios, y también a los demócratas pro-blancos: la introducción del voto secreto. Una ley electoral que hacía obligatorio el voto secreto, acompañada de la prohibición de prestar ayuda a los analfabetos a la hora de votar, podía diezmar un electorado de trabajadores y pequeños agricultores acostumbrados a ir a las urnas con una boleta previamente preparada por su partido. Una nueva ley de registro electoral, que les concedía a los funcionarios electorales autoridad discrecional para purgar aún más los registros de votantes, se encargaría de completar la tarea, al eliminar a los indeseables que aún insistían en hacer uso de su derecho. Además, todo el paquete podía presentarse como una reforma, aprobarse a toda velocidad en la legislatura y aplicarse sin más en las próximas elecciones. Para lograr apoyo a la limitación del derecho al voto, los demócratas aprovecharon la impresión generalizada de que las elecciones estaban plagadas de fraudes y de que era necesario “reformularlas”, aunque sus objetivos eran absolutamente sectarios y su fin era lograr la supremacía blanca.²⁰

El voto secreto por sí solo causó una caída devastadora del número de votos de la oposición, que disminuyó en un 75% entre las elecciones de abril y las de noviembre de 1896. A continuación, la ley de registro electoral consagró las consecuencias en los registros mismos, al exigir que los votantes se registraran anual o bianualmente y concederles a los registradores facultades discrecionales absolutas para negarse a inscribir a quienes no quisieran. En el estado, el número de “votantes de color” cayó casi en un 90%, al llegar a la cifra de 12.902 a fines de 1897. Si el rápido decrecimiento del número de votantes del estado permite entender lo que ocurría en líneas generales, las cifras son aún más reveladoras en el nivel local: en el condado de Lafourche, cuna de las grandes movilizaciones de los trabajadores de la agricultura cañera en 1887, en 1896 había 3.283 votantes negros registrados. En enero de 1898, sólo quedaban 51. En el condado de Ascensión, había 2.621 negros inscritos como votantes en 1896. A inicios de 1898, sólo eran 281. Del pequeño grupo que quedaba, 75 habían escrito sus nombres y 206 habían puesto sus marcas personales. Era fácil advertir que una prueba de lectura podría lograr resultados casi perfectos.²¹

Sin embargo, los demócratas aspiraban a algo más que esa transformación *de facto* del electorado. Querían lograr un clásico *lockup* político, en el que las reglas del juego consolidaran su ventaja. Rápidamente abandonaron las estratagemas estatutarias en favor de las constitucionales y convocaron a una convención constituyente. Las elecciones a la convención reflejaron las consecuencias de las limitaciones previamente establecidas por estatuto: sólo un popular y un republicano resultaron electos a una asamblea integrada de manera abrumadora por demócratas. La convención dio inicio a sus deliberaciones en febrero de 1898, en la ciudad de Nueva Orleans.²²

Los negros de Luisiana, algunos de los cuales votaban desde hacía treinta años, se enfrentaban a la posibilidad de ser excluidos de manera casi absoluta y permanente del pro-

²⁰ Ver J. Morgan Kousser, *The Shaping of Southern Politics*, p. 161; Perry H. Howard, *Political Tendencies in Louisiana*, p. 103; Michael Perman, *Struggle for Mastery*, p. 136.

²¹ Ver la tabla en la página que sigue a la 42 en Luisiana, *Official Journal of the Proceedings of the Constitutional Convention of the State of Louisiana, Held in New Orleans, Tuesday, February 8, 1898*, H. J. Hearsey, Nueva Orleans, 1898. El número de votantes blancos descendió de 164.088 a 74.133.

²² Sobre formulación de reglas, “lockups” y prácticas electorales, ver Samuel Issacharoff, Pamela S. Karlan y Richard Pildes, *The Law of Democracy*, segunda edición revisada, Foundation Press, Nueva York, 2002, cap. 1. Para los delegados, ver *Official Journal of the Proceedings*, 1898.

ceso político. La embestida se centró en los activistas de la generación de la Reconstrucción que aún vivían y en los simpatizantes de los cuales dependían. Si la decisión adoptada en 1896 por el Tribunal Supremo en *Plessy v. Ferguson* había significado la derrota definitiva del ideal de la igualdad de “derechos públicos”, la nueva convención constituyente del estado prometía la muerte política.^h Las deliberaciones de la convención se desarrollaban en un momento en que los activistas en pro de la igualdad de derechos de Luisiana aún no se habían recuperado de su derrota en *Plessy*. El Comité Ciudadano se había desbandado en medio del desaliento de sus miembros. Louis A. Martinet había dejado de publicar su periódico, *The Crusader*, y había centrado su actividad en su práctica notarial, como parte de la cual había registrado la fundación de asociaciones voluntarias como la “Afro-American Mutual Aid Protective Association”, la “Ladies of Determination Benevolent Mutual Aid Association”, y un grupo de ayuda mutua llamado simplemente “Dignité”.²³

A los afronorteamericanos de Luisiana deseosos de defender su acceso a los recursos y la voz en la esfera política les quedaban pocas cartas por jugar. Pero tanto en Nueva Orleans como en los condados de los *bayous*, algunos hombres que sabían de la importancia que había tenido el servicio militar de los negros durante la Guerra Civil para la aprobación de las Enmiendas Décimo Cuarta y Décimo Quinta, vieron una nueva oportunidad para reivindicar el derecho a la plena ciudadanía presentándose como voluntarios para la guerra que se avecinaba en Cuba. Era un gesto que podía entusiasmar a los hombres de color instruidos y deseosos de demostrar su capacidad de liderazgo, a los jóvenes trabajadores dispuestos a alistarse como soldados y a los propagandistas, que podrían argumentar que el patriotismo era merecedor del respeto civil.

Pierre L. Carmouche, hombre de color y antiguo organizador de los Caballeros del Trabajo de Donaldsonville, fue uno de los primeros en percatarse de esa posibilidad. En 1898 tenía una próspera herrería con una clientela interracial. Era un patriota, y también se le describía como “uno de los [hombres] más estrictos en lo que toca a la raza”. Había seguido el avance de la lucha anticolonial en Cuba, y afirmaba que “el éxito de Maceo en Cuba” constituía “su máxima aspiración”. No resulta difícil imaginar cómo estableció Carmouche la relación: un número de 1895 del *Crusader* informa en su primera plana de una contribución de un dólar a la causa de *Plessy* hecha por Pierre Carmouche y la “True Friends Association” de Donaldsonville, y en otra columna, del avance de las fuerzas de Máximo Gómez y Antonio Maceo en la guerra de Cuba.²⁴

El 15 de febrero, una semana después de que la convención convocada para limitar el derecho al voto se reuniera en Nueva Orleans, el acorazado estadounidense *Maine* explotó en la bahía de La Habana. El 26 de febrero, Pierre L. Carmouche le envió una carta al se-

^h En 1892, el Comité Ciudadano, un grupo de activistas de color de Luisiana, había organizado un *test case* para tratar de demostrar la inconstitucionalidad de la reciente Separate Car Act (Ley de segregación en el transporte público), aprobada por la asamblea del estado. Esa ley exigía que las compañías ferroviarias habilitaran vagones separados para los pasajeros negros y blancos. El zapatero Homer Plessy, de ascendencia mixta, compró un boleto de primera clase y tomó asiento en el “vagón blanco”. Por previo acuerdo con la compañía, fue requerido, preso y llevado a la estación de policía. Sus abogados plantearon una apelación alegando que la ley en cuestión era anticonstitucional. Ver Rebecca J. Scott, “Derechos y Honra Públicos: Louis Martinet, *Plessy contra Ferguson* y el Acceso a la Ley en Luisiana, 1888-1917”, *Debate y Perspectivas* (Madrid) 4 (2004), pp. 171-197.

²³ Ver Rodolphe L. Desdunes, *Nos hommes et notre histoire*, Arbour & Dupont, Montreal, 1911, pp. 183-194; y acta 1, vol. 3, 1898; acta 20, vol. 1, 1891; y acta 6, vol. 1, 1890, Notarial Acts of Louis A. Martinet, New Orleans Notarial Archives Research Center (NONARC).

²⁴ Ver William Hilary Coston, *Spanish-American War Volunteer*, pp. 133-134, 218; “When the Victory’s Won”, *Colored American*, 1.º de julio de 1899; y *Daily Crusader*, 22 de junio de 1895, en Desdunes Family New Orleans *Crusader* Clippings Collection, Archive and Special Collections, Xavier University Library, New Orleans (DFC, ASC, XU).

cretario de guerra republicano en Washington, y otra al gobernador demócrata de Luisiana, Murphy Foster, en las que ofrecía sus servicios y los de otros 250 hombres de color del condado de Ascension, “a la mayor brevedad, para defender a nuestro país, sea en nuestro propio territorio o en el extranjero”.²⁵ Los demócratas blancos de Luisiana se encontraron en un aprieto, porque el ofrecimiento volvía a plantear la posibilidad del servicio militar de los negros en un momento de auge del patriotismo.

Pierre Carmouche era mucho más avanzado que la política nacional en lo concerniente a la guerra misma y al reclutamiento de negros, pero otros habitantes de color de Nueva Orleáns compartían su entusiasmo. La disolución forzada de la milicia interracial del estado efectuada en 1877 no había matado el espíritu marcial de los hombres de color de Luisiana. De hecho, una “compañía militar independiente” organizada en agosto de 1887 se había atrevido a disparar las salvas tradicionales durante un homenaje al Colored Grand Army of the Republic of Mississippi and Louisiana celebrado en el cementerio Chalmette de Nueva Orleáns en 1890, después de lo cual la legislatura del estado había prohibido la existencia de toda organización militar que no contara con el permiso del gobernador. Esos Faith Cadets (Cadetes de la fe),¹ como se autodenominaban, habían pasado a la clandestinidad, y estaban listos ahora para aprovechar la oportunidad de movilizarse para la guerra en cuanto el presidente emitiera una convocatoria.²⁶

En la prensa nacional afronorteamericana comenzaron a aparecer rápidamente opiniones sobre el tema de la guerra. Con el transcurso de las semanas, muchos periódicos abandonaron su escepticismo inicial con respecto a la política intervencionista del presidente McKinley y comenzaron a clamar a voces por el patriotismo, los reclutas y los oficiales negros. Algunos siguieron planteando preguntas acerca de la sensatez de ofrecerse a luchar por una nación que no le garantizaba derechos básicos a su población negra, fuera el voto o la protección contra los linchamientos. No obstante, ese contraste se convirtió cada vez más en un mecanismo para tratar de plantear reivindicaciones de un trato igual y dejó de ser un argumento contra el alistamiento.²⁷

Durante esas mismas semanas, en Luisiana avanzaba a pasos agigantados el proceso de limitación del voto. La Convención Constituyente brindaba un espectáculo lamentable: se trataba de un cónclave dominado por los demócratas que redactaba una torpe coda a la generalizada supresión *de facto* del voto que imperaba en el estado. Su presidente, E. B. Kruttschnitt, veterano de la White League, anunció que “esta convención ha sido convocada por el pueblo de este estado para eliminar del electorado a la masa de votantes corruptos y analfabetos que durante el último cuarto de siglo ha infamado nuestra política”. Otros eran aún más explícitos y llamaban a la adopción de una cláusula de “entendimiento” que les permitiera a los funcionarios registrar a todos los solicitantes blancos y eliminar a todos los negros. No obstante, los debates y maquinaciones eran arduos, en parte porque los demócratas blancos de condados de mayoría negra perderían poder si los regis-

²⁵ William Hilary Coston, *Spanish-American War Volunteer*, p. 218.

¹ El Grand Army of the Republic era una asociación de veteranos del Ejército de la Unión. Los Faith Cadets, más jóvenes, se habían organizado como entidad local.

²⁶ Sobre el proceso mediante el cual el G.A.R. de Luisiana se convirtió en una organización mayoritariamente afronorteamericana, ver James G. Hollandsworth, *The Louisiana Native Guards: The Black Military Experience during the Civil War*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1995, pp. 112-113. Sobre raza y el G.A.R. en el nivel nacional, ver David Blight, *Race and Reunion: The Civil War in American Memory*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2001, pp. 194-195. Para un perfil de los “Faith Cadets”, ver William Hilary Coston, *Spanish-American War Volunteer*, pp. 77-78.

²⁷ Ver, en especial, el *Washington Bee* de esos meses. El periódico cambió en el curso de unas semanas de la indignación ante la selectividad manifiesta en la preocupación por los derechos humanos en Cuba a un vigoroso apoyo al esfuerzo de guerra. Ver también Willard B. Gatewood, *Black Americans*.

tros oficiales de votantes de sus condados se evaporaban, dejando menos espacio para que los votos amañados produjeran totales ficticios que sustentaran su importancia relativa en el partido al nivel del estado.²⁸

La disposición central era una prueba de nivel educacional cuyo fin era excluir al 90% de los negros en edad de votar. Otras propuestas que se llevaron a la discusión estaban plagadas de mezquinas exclusiones y tortuosas excepciones a las mismas. Se confiaba en que un requisito alternativo referente a la propiedad “preservaría el derecho al voto de entre 5.000 y 6.000 blancos analfabetos”, al tiempo que sólo garantizaría el de 1.000 negros.²⁹ El propio Booker T. Washington, acompañado por uno de los pocos legisladores negros que quedaban en el estado, apeló directamente a los delegados de Luisiana para que se contentaran con las limitaciones de clase al voto, en vez de adoptar flagrantes artificios para limitarlo por motivos de raza. Pero fracasó. La Sección 5 del Artículo 197 del documento final estipulaba que todos los hombres aptos que pudieran probar que habían votado antes de enero de 1867 —o sea, antes de la concesión del voto a los negros por el Congreso— y sus descendientes varones legítimos podrían registrarse durante los nueve primeros meses de 1898, con lo que adquirirían un derecho permanente al voto, sin cumplir los requisitos de alfabetización y propiedad que introducía la nueva constitución para todos los demás casos. Los inmigrantes naturalizados también podrían inscribirse durante ese período aunque no cumplieran los nuevos requisitos.³⁰

Hasta el último minuto, incluso el senador McEnery, partidario de la supremacía blanca, consideró que la Sección 5 no era procedente, porque parecía violar claramente la Décimo Quinta Enmienda. Su diseño, los argumentos planteados a su favor y sus consecuencias previsibles eran inequívocamente raciales. Pero en vez de eliminar la cláusula, la convención trató de garantizar que el resto de los mecanismos de supresión del voto —que eran formalmente neutrales en lo tocante a la raza— se mantuvieran en pie, incluso si se declaraba inconstitucional la “cláusula del abuelo”. Los beneficiarios de esa cláusula debían reclamar que se les aplicara antes de septiembre de 1898, después de cuya fecha caducaría. De ahí que los tribunales fueran “impotentes para impedir el exitoso inicio del plan”.³¹ La convención también salvaguardó la continuidad de sus decisiones al declarar inapelables las privaciones individuales del derecho al voto: cuando Charles Soniat, de Nueva Orleans, propuso una moción que preveía el derecho de apelar ante los tribunales a aquellos a quienes se les negara la inscripción, esta fue rechazada.³²

El gobernador Murphy Foster se enorgullecía del texto final: “La supremacía blanca por la que tanto hemos luchado, al costo de tanta sangre preciosa y tantas riquezas, cristaliza ahora en la Constitución como un elemento fundamental de ese instrumento orgáni-

²⁸ Ver *Official Journal of the Proceedings, 1898*, p. 9, y *passim*. Sobre el pasado de Kruttschnitt en la *White League*, ver *The Orleans Parish Blue Book*, Southern Manufacturer, Nueva Orleans, 1896, p. 32. Sobre la convención, ver también J. Morgan Kousser, *Shaping*; y Michael Perman, *Struggle for Mastery*, pp. 136-147.

²⁹ Thomas J. Kernan, “The Constitutional Convention of 1898 and its Work”, *Proceedings of the Louisiana Bar Association, 1898-1899*, Graham Press, Nueva Orleans, 1899, pp. 55-73, la frase citada aparece en la p. 57. Kernan explica abiertamente que las limitaciones por motivos educativos y de propiedad “tenían que fijarse a un nivel lo bastante alto como para excluir de manera efectiva a los negros”.

³⁰ Ver Michael Perman, *Struggle for Mastery*, p. 139. Para el texto del Artículo 197, ver *Report of the Secretary of State, 1902*, pp. 271-273.

³¹ La opinión inicial de McEnery se cita en una carta de Jesse Lawson al *Washington Post*, del 13 de mayo de 1901, a la que se hace referencia en Jesse Lawson a Booker T. Washington, 13 de mayo de 1901, en Louis R. Harlan y Raymond W. Smock (eds.), Barbara S. Kraft (ed. asist.), *The Booker T. Washington Papers*, vol. 6, University of Illinois Press, Urbana, 1977, pp. 108-109; Thomas J. Kernan, “The Constitutional Convention”, p. 61.

³² *Official Journal of the Proceedings, 1898*, p. 139.

co”.³³ Un abogado que participó en la convención declaró ante la Asociación de Abogados en Ejercicio de Luisiana, aparentemente con total desenfado, que la convención había asumido la delicada tarea de “falsear los hechos históricos y hacer retroceder los engranajes de la revolución política sin que se produzca un derramamiento de sangre; de retirar el derecho al voto a un número mayoritario, o casi mayoritario, de los votantes del estado”.³⁴ Kruttschnitt, el presidente de la convención, fue igualmente franco, pero más descarnado. Explicó que la convención habría preferido estatuir “el sufragio masculino blanco universal, y la exclusión del sufragio de todo hombre con unas gotas de sangre africana en las venas. No pudo hacerlo, debido a la Décimo Quinta Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos”. Por tanto, había apelado a lo que consideraba que el Tribunal Supremo de los Estados Unidos había juzgado recientemente “expedientes permisibles”. Admitía que los resultados quizás no fueran elegantes, pero “¿No le permite votar al hombre blanco y se lo impide al negro, y acaso no es eso lo que vinimos a hacer aquí?”. En el acta oficial de las sesiones de la convención se señalaba que esa declaración fue recibida con aplausos.³⁵

Un semanario afronorteamericano estrechamente aliado a los republicanos de color de Nueva Orleáns, el *Washington Bee*, llamó la atención sobre el contraste entre los llamados a la libertad empleados para justificar la intervención de los Estados Unidos en Cuba y la realidad de la supresión del voto en Luisiana:

Mientras... las legislaturas de nuestros más admirables estados aprueban millones para armar, equipar y movilizar tropas estatales para el caso de que estalle una guerra, y mientras que una gran ola de simpatía por ‘Cuba Libre’^j recorre todos los confines geográficos de la República, en un gran estado del Sur, donde se levanta esa misma ola en pro de una Cuba independiente, se forjan cadenas políticas tales para los negros que han hecho ruborizar de envidia hasta a Carolina del Sur y Mississippi.³⁶

Algunos activistas en pro de la igualdad de derechos de la ciudad de Washington comenzaron a preparar discretamente, junto a sus aliados de Nueva Orleáns, una impugnación judicial a la Constitución de Luisiana, sobre la base de que violaba la Décimo Cuarta^k y la Décimo Quinta Enmiendas. Pero el tiempo estaba en su contra. Las oficinas de registro electoral de Luisiana se abrieron diariamente desde inicios de 1898 para atender a quienes se acogían al Artículo 197 a fin de reclamar su derecho permanente al voto, invocando las cláusulas del abuelo y de la naturalización. En septiembre de 1898 los requisitos serían los referidos a la alfabetización y la propiedad, que aparentemente no estaban relacionados con el color de la piel, por lo que sería más difícil impugnarlos ante los tribunales. Para aumentar las dificultades, faltaban dos años para las próximas elecciones nacionales, que se realizarían con las nuevas regulaciones vigentes, de modo que ningún querellante podría argumentar hasta entonces que se le hubiera excluido de participar en unas elecciones para un cargo federal.³⁷

³³ Citado en Perry H. Howard, *Political Tendencies in Louisiana*, p. 102.

³⁴ Thomas J. Kernan, “The Constitutional Convention”, pp. 55-73.

³⁵ Ver *Official Journal of the Proceedings*, 1898, p. 380.

^j En español en el original.

³⁶ *Washington Bee*, 16 de abril de 1898.

^k La Décimo Cuarta Enmienda a la Constitución federal (1868) extendió la ciudadanía a todos los nacidos en los Estados Unidos, sin distinciones por motivos de color de la piel. También garantizaba, aunque con una formulación ambigua, el derecho de todos los ciudadanos a una “protección igual” de la ley.

³⁷ Ver Jesse Lawson a Booker T. Washington, 3 de octubre de 1900, en Louis R. Harlan y Raymond W. Smock (eds.), Barbara S. Kraft (ed. asist.), *The Booker T. Washington Papers*, vol. 5, University of Illinois Press, Urbana, 1976, pp. 647-648. Ver también James McPherson, *The Abolitionist Legacy: From Reconstruction to the NAACP*, Princeton University Press, Princeton, 1975.

Los efectos de la supresión constitucional del voto fueron prácticos, simbólicos y punitivos, y su finalidad era erosionar, de modo permanente, las alianzas intra e interclasis-tas. Ya había pasado la época cuando los trabajadores y los agricultores cañeros del conda-do de St. Mary podían elegir a un hombre como John J. Moore, que se ganaba la vida limpiando caña con una azada, para que este, a su vez, pudiera votar en la legislatura del estado a favor de los derechos civiles y las leyes que protegían los derechos de los trabaja-dores, como había sucedido en la década de 1870. Los trabajadores azucareros perdieron inclusive el exiguo consuelo de negarle su apoyo a republicanos blancos como el juez Tay-lor Beattie, como hicieran los votantes del condado de Lafourche tras la aparente compli-cidad de Beattie en la masacre de Thibodaux en 1887. Poco después de la entrada en vigor de las nuevas regulaciones, el número total de votantes “de color” inscritos en el condado de Lafourche cayó a cero. En Terrebonne eran 45. No sólo se desmoronaría por completo el Partido Republicano de Luisiana, sino que la leve y postrera esperanza de emplear la vía electoral para forzar a los demócratas a hacer concesiones desaparecería también rápida-mente.³⁸

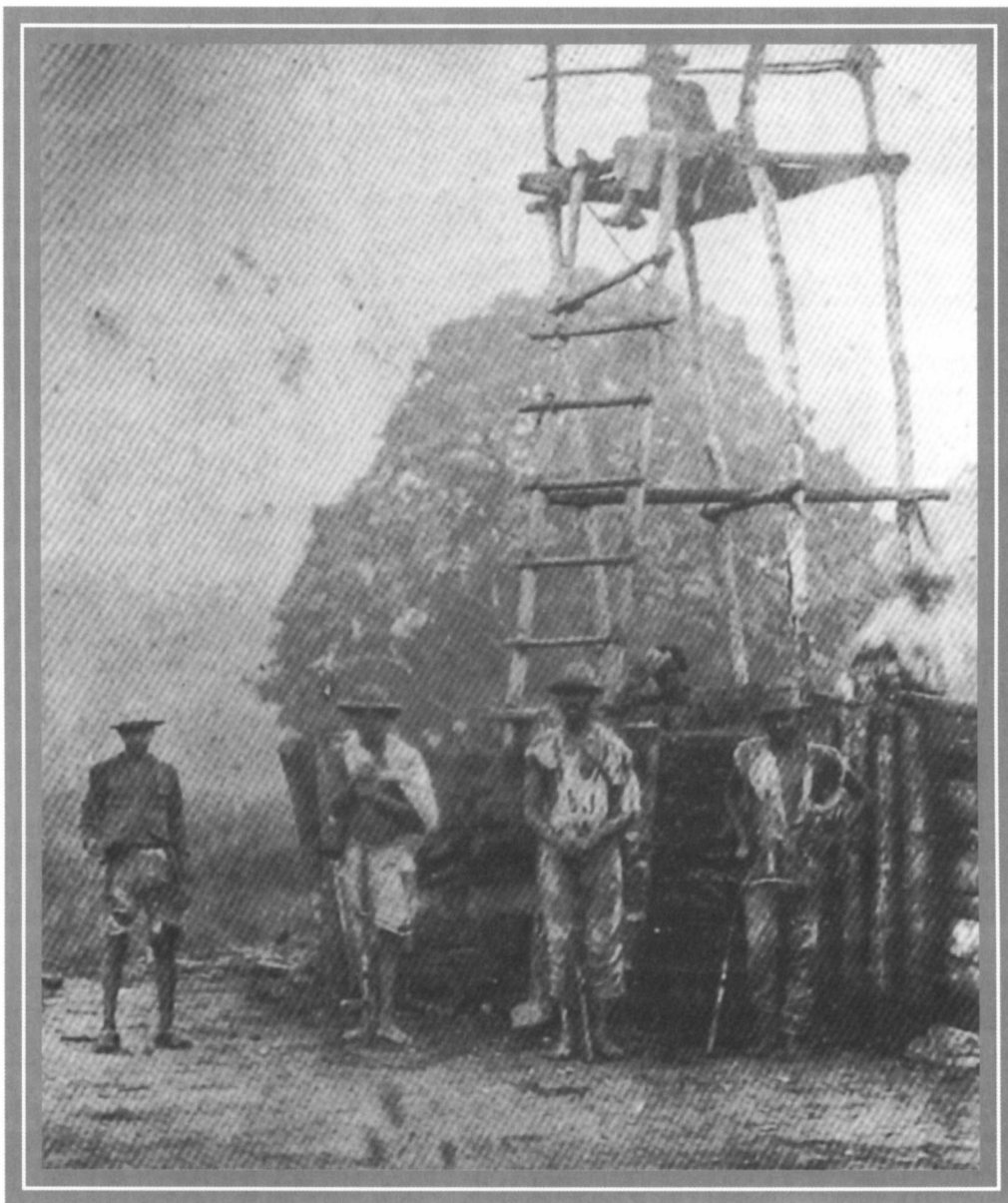
El 25 de abril de 1898, cuando los libros de registro “permanente” creados al amparo de la Sección 5 estaban aún abiertos en Luisiana, el Congreso de los Estados Unidos le de-claró la guerra a España. Cuando se evidenció la magnitud que tendría que alcanzar la mo-vilización, volvió a surgir con renovada intensidad la cuestión del servicio militar de los negros. Personalidades republicanas afroestadounidenses de Luisiana, como Henry Demas y P. B. S. Pinchback, al igual que organizadores de base como Pierre Carmouche, reitera-ron su capacidad para reclutar voluntarios. Cuatro regimientos regulares de soldados ne-gros del Ejército de los Estados Unidos, previamente acantonados en la frontera occiden-tal, fueron enviados a Tampa, Florida, y embarcados a mediados de junio para participar en la invasión del oriente de Cuba. Pronto mostrarían su temple en las batallas de Las Guá-simas y de la Loma de San Juan, con lo que se ganaron un lugar en las páginas de la leyen-da militar, pero no el derecho a ser ascendidos al rango de oficiales en el ejército regular.³⁹

En Kansas e Illinois, los gobernadores (un popular y un republicano, respectivamen-te) iniciaron el reclutamiento de compañías de voluntarios de esos estados para combatir a las órdenes de capitanes negros, y lo mismo hizo Carolina del Norte.⁴⁰ En un mitin en pro del reclutamiento de negros convocado en Nueva Orleáns a principios de mayo, Henry Demas le dirigió la palabra a una multitud entusiasta generosamente calculada en 5.000 personas, algunas de las cuales eran veteranos del Ejército de la Unión que combatieran durante la Guerra Civil. Pero en el horizonte se vislumbraban dos grandes problemas. Primero, el mecanismo existente para el reclutamiento de voluntarios era la milicia del es-tado, que era, precisamente, la institución de la que fueran totalmente excluidos los negros de Luisiana después de 1877. Las posibilidades de que el gobernador Murphy Foster revir-tiera esa prohibición eran escasas. En segundo lugar, aun si se adoptaban mecanismos de reclutamiento federales, el presidente McKinley no se había pronunciado aún sobre el

³⁸ Sobre la huelga de 1887, ver Rebecca J. Scout, “Relaciones de clase e ideologías raciales: acción rural colectiva en Louisiana y Cuba, 1865-1912”, *Historia Social*, 22 (1995), pp. 127-149. Las cifras electorales apa-recen en *Report of the Secretary of State, 1902*, pp. 556-557.

³⁹ Ver Willard B. Gatewood, *Black Americans*, cap. 3; y Nancy A. Hewitt, *Southern Discomfort: Women's Activism in Tampa, Florida, 1880s-1920s*, University of Illinois Press, Urbana, 2001, cap. 4.

⁴⁰ Ver Willard B. Gatewood, *Black Americans*, pp. 71-72, 96; y Willard B. Gatewood, “Smoked Yankees” and the Struggle for Empire: *Letters from Negro Soldiers, 1898-1902*, University of Illinois Press, Urbana, 1971, pp. 181-183. Sobre Carolina del Norte, ver Piero Gleijeses, “African Americans and the War against Spain”, *North Carolina Historical Review*, 73 (abril de 1996), pp. 184-214. Sobre Illinois, ver W. T. Goode, *The “Eighth Illinois”*, Blakely Printing Company, Chicago, 1890, p. 42.



nombramiento de oficiales negros de entre los voluntarios. Para muchos de los afronorteamericanos que proponían el alistamiento, la idea de que se nombrara oficiales negros era parte integral de la campaña. Pero parecía que los voluntarios negros de Luisiana no tendrían manera de demostrar su patriotismo o sus capacidades de liderazgo, aun estando dispuestos a correr los riesgos de hacerlo participando en acciones armadas.⁴¹

La ciencia médica de la época fue la que dio la solución, al proporcionar el argumento de que los soldados negros estaban particularmente dotados para una guerra en los tró-

picos. Había dos variantes de ese argumento: una versión racializada, que sostenía (falsamente) que los negros eran congénitamente resistentes a la fiebre amarilla; y una versión ambiental (apoyada por la prensa afroestadounidense), que planteaba que los residentes de los estados del Golfo eran más proclives a haber estado expuestos a la enfermedad, y a haber adquirido una inmunidad natural. Tanto los republicanos como los demócratas podían aceptar el concepto de “tropas inmunes”, y a mediados de mayo, el Congreso autorizó al presidente a organizar hasta diez “regimientos inmunes”. En un resurgir oportunista del viejo ideal republicano de los guerreros negros, el presidente McKinley instó a Luisiana a permitir la creación en el estado de unidades negras, además de las blancas, asegurándole al gobernador Foster que no quedarían bajo la responsabilidad del estado. Los coroneles C. J. Crane y Duncan N. Hood, ambos blancos, llegaron a Nueva Orleans para incorporar a los voluntarios que esperaban para enrolarse.⁴²

La respuesta fue inmediata. Los Cadetes de la Fe se reunieron en su viejo cuartel general de Nueva Orleans, eligieron oficiales y se ofrecieron en masa al coronel Crane. Fueron reclutados el 20 de junio de 1898 como la Compañía A del Noveno de Voluntarios de Infantería de los Estados Unidos. Los siguieron otros hombres de color de Nueva Orleans. Henry O. Franklin, cuyo padre fuera expulsado de Thibodaux después de la masacre de 1887, se convirtió en segundo teniente de la Compañía C. El doctor Sterling Price Brown, el médico que había trabajado entre los portuarios negros, se convirtió en primer teniente de la Compañía D. Lafayette Tharp, un líder obrero que había luchado para evitar la división racial de los estibadores de Nueva Orleans en 1894, colaboró con el coronel Crane en el reclutamiento de soldados para el Noveno de Voluntarios, y fue nombrado segundo teniente de la Compañía E, en la que se desempeñó durante un breve tiempo como capellán del regimiento.⁴³

Río arriba, en Donaldsonville, en el condado azucarero de Ascension, el herrero Pierre Carmouche ya había “descuidado su negocio para dedicarse a entusiasmar a los suyos e instruirlos sobre sus deberes como defensores del país”. Persuadió a docenas de hombres. A inicios de julio, Carmouche viajó río abajo con sus compañeros hasta Nueva Orleans, donde fueron enrolados como la Compañía L. En total, nueve compañías de soldados negros de Luisiana y tres de Texas integraron los tres batallones del Noveno de Voluntarios, al tiempo que el coronel Hood reclutó blancos para el Segundo y el Décimo de Voluntarios. La prensa informó sobre los campamentos de “inmunes” que se establecían en las riberas del río Tchefuncta, al norte del lago Ponchartrain, y comentó que según lo dispuesto por la ley de inmunes, esos soldados no estaban “vinculados de modo alguno con el estado, y tan pronto lleguen los hombres a los campamentos, el gobierno se hará cargo de ellos”.⁴⁴

La señorita Stella A. E. Brazley, una amiga del teniente Henry Franklin, le escribió un poema en el que expresaba las esperanzas que cifraba en el regimiento y su interpretación de la misión que tenía encomendada. Antonio Maceo, el general rebelde cubano ya

⁴² Ver información sobre la “ley de inmunes” en el *New Orleans Picayune*, 17, 18 de mayo de 1898.

⁴³ Biografías y transcripciones de los documentos de reclutamiento pueden encontrarse en William Hilary Coston, *Spanish-American War Volunteer*. Los documentos originales de reclutamiento y licenciamiento se encuentran entre los papeles del Ninth Regiment of U.S. Volunteers, Adjutant General's Office, Record Group 94, U.S. National Archives, Washington, D.C. (AGO, RG 94, USNA). Tharp (o Tharpe) aparece en la historia que hace Coston del regimiento (p. 103) y como líder obrero en Arnesen: *Waterfront Workers*, pp. 129 y 151. Coston describe a Tharp como el presidente de una “Alianza del C.M.L. de 12.000 miembros”, y la declaración jurada de un médico que aparece entre los documentos de su pensión hace referencia a la Longshoremen's Benevolent Association. Ver la declaración jurada del Dr. James I. Newman, 5 de abril de 1900, en los documentos de la pensión de Lafayette Tharp, C-2483201, USNA.

⁴⁴ William H. Coston, *Spanish-American War Volunteer*; *New Orleans Picayune*, 17 de mayo de 1898.

caído en combate, era un elemento clave de su visión: “Go! seek the spot where Maceo fell / And strike his slayers; spare them not.” (¡Id! Buscad el sitio donde cayó Maceo / Y ajusticiad a sus matadores; no los perdonéis). Pero Stella Brazley tenía una perspectiva aún más abarcadora, que incluía a unos idealizados antepasados guerreros y a los líderes de la Revolución haitiana:

Ye scions of a warlike race,
Renew the prestige of your sires,
And by your valor win the place
Where glory flames with radiant fires,
With those great heroes, brave and pure,
Men like Maceo, Toussaint L'Ouverture.⁴⁵

(Vosotros, hijos de una raza guerrera, / Revivid el prestigio de vuestros padres / Y con vuestro valor ganaos el sitio / En que la gloria arde con radiante claridad, / Junto a esos grandes héroes, bravos y puros / Hombres como Maceo y Toussaint L'Ouverture).

La evocación del heroísmo de los generales negros tenía su antecedente en una larga tradición romántica republicana de la población de color de Luisiana, y no podía haber estado más lejos de lo que creía haber aceptado el gobernador Foster al permitir el reclutamiento federal de “inmunes” en el estado.⁴⁶ Variantes de esas dos visiones chocarían de principio a fin de la historia del regimiento negro de Luisiana.

En el siglo XIX, las compañías voluntarias del ejército de los Estados Unidos, por lo general, habían servido a las órdenes de capitanes elegidos por ellas mismas. Pero si estos soldados negros imaginaron que los hombres a quienes habían elegido, o que los habían reclutado, se convertirían en sus capitanes, estaban equivocados. Un decreto federal estipuló que se nombraría a un blanco como capitán de cada una de las compañías negras. La negativa a nombrar capitanes negros en los regimientos inmunes fue un golpe demoledor para la vieja campaña afroestadounidense de “sin oficiales no se pelea”, y los hombres del regimiento se opusieron a sus implicaciones. En una reunión pública muy concurrida, los reclutas se pronunciaron por el nombramiento de los capitanes que habían elegido, y se escribieron cartas a la prensa para llamar la atención sobre la humillación y la falta de respeto que conllevaba el decreto federal. Dadas las exigencias de la disciplina militar, el difícil trance por el que deben haber pasado los capitanes elegidos y degradados al rango de tenientes no aparece de manera muy explícita en los documentos oficiales del ejército. Pero se hace visible en elocuentes silencios en la historia del regimiento y en los tensos intercambios entre capitanes, tenientes, sargentos y soldados registrados en las actas de las cortes marciales.⁴⁷

Desde la creación del Noveno de Voluntarios de Infantería, entonces, la estructura de mando se construyó sobre la base de una gran tirantez. Desde el mismo momento en que se enrolaron, Pierre Carmouche y sus compañeros —entre los que había artesanos y asalariados de Nueva Orleans y trabajadores de las plantaciones azucareras de los alrededores

⁴⁵ William H. Coston, *Spanish-American War Volunteer*, p. 81.

⁴⁶ Caryn Cossé Bell, *Revolution, Romanticism, and the Afro-Creole Protest Tradition in Louisiana, 1718-1868*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1997.

⁴⁷ Ver *Washington Bee*, 25 de junio de 1898. El capellán afroestadounidense del Noveno de Voluntarios, William H. Coston, escribió sentidas palabras acerca del coronel blanco que supervisó el reclutamiento, y sobre el comandante blanco que estaba al frente de uno de los batallones, pero en su historia del regimiento nunca menciona a los capitanes blancos impuestos a las compañías, más allá de incluir sus nombres en el documento de reclutamiento. William H. Coston, *Spanish-American War Volunteer*, pp. 135-136.

de Donaldsonville— tuvieron que escoger entre abandonar sus esperanzas de servir en el ejército o aceptar la humillante regulación. El manuscrito de constitución de la Compañía L alude a ese drama en un párrafo torpemente formulado lleno de añadiduras y borrones: “La compañía fue reclutada en Donaldsonville, Luisiana, el 4 de julio, siendo muy instrumental en ello el Teniente Carmouche, y viajó por ferrocarril de allí a Nueva Orleans el 8 de julio de 1898. Donde fue completada y organizada por el Cap. Coleman e Incorporada al servicio de los Estados Unidos el 13 de julio”. Esas líneas escritas con tinta sustituían la fórmula usual que atribuía el reclutamiento al capitán, y establecían una fina distinción entre “reclutada en” y “organizada por”. Se reconocía a regañadientes el mérito de Carmouche, un hombre de color, en lo tocante a lo primero. Pero la responsabilidad de la “organización” se atribuía a Willis Prague Coleman, un hombre blanco tan puntilloso en su insistencia acerca del respeto que le debía la “raza negra” a la “raza blanca” como Carmouche en lo relativo a la igualdad de derechos de ambas. (Más tarde, en Cuba, el capitán Coleman golpeó a un soldado negro de una unidad de Illinois que, en su opinión, se le había acercado demasiado en el comisariato y le hablaba en voz demasiado alta al dependiente. “Recuerda que no estás vociferando detrás de tus condenados oficiales niches. Yo soy un hombre blanco”, se dice que dijo Coleman antes de agarrar al hombre por el cuello.)⁴⁸

Ya desde antes de que el Noveno de Infantería partiera hacia Cuba, las tensiones resultaban evidentes, tanto en las filas como entre la tropa y la sociedad circundante. Esos negros armados con rifles, acantonados en Camp Corbin en el verano de 1898, eran un desafío andante al rechazo a toda idea de poder político de los negros esgrimido por los demócratas de Luisiana, y su presencia revertía el desarme de la anterior milicia de negros. Aunque en principio los congresistas demócratas de Luisiana habían apoyado el reclutamiento de regimientos inmunes, no pasó mucho tiempo antes de que los soldados chocaran con las pretensiones de los blancos de la localidad —en especial los miembros de la policía— de que les rindieran las deferentes muestras de pleitesía a las que se creían acreedores. A mediados de agosto, un policía abatió a balazos a un soldado del regimiento en el centro de Nueva Orleans. El soldado Thomas Bazile, cocinero negro de la Compañía H, evidentemente creyó que había llegado el momento de poner en práctica la autodefensa armada. Si la víctima hubiera sido un blanco, y el agresor un soldado negro, Bazile insistía, este habría tenido que responder por sus actos. Parece ser que Bazile, quizás ignorante de cuán grave resultaba una acusación de amotinamiento en las filas, incitó a sus compañeros a “unirse a la multitud que estaba reuniéndose y marchar hacia la ciudad para hacerse con el hombre que había matado a su compañero y traerlo al campamento”. Se reunieron más de cien hombres armados para escuchar sus palabras. Pero el segundo teniente Lafayette Tharp, un estibador negro de más de seis pies de estatura, le dijo a Bazile que “se callara la boca”, les ordenó a los hombres que no se movieran, y estos lo obedecieron. Según Tharp, Bazile siguió insistiendo en que “era un hombre y estaba dispuesto a morir esa noche”. Felizmente para él, la unidad estaba a punto de embarcar, y no estaba sesionando ningún tribunal militar. Cuando el caso de Bazile llegó a los tribunales, dos meses después

⁴⁸ Ver Muster-Out Roll of Company L, Ninth U.S. Volunteer Infantry, AGO, RG 94, USNA. Sobre el incidente entre el capitán Coleman y el soldado, ver el intercambio epistolar del 28 de septiembre de 1898 en Letters and Telegrams Received, San Luis, Entry 2004, RG 395, USNA. La cita está tomada de la declaración jurada del soldado Lucius Knight, del Octavo de Illinois. Por su parte, el capitán Coleman afirmó que le había ordenado al soldado que se apartara y que sólo había empleado “la violencia necesaria para hacer que cumpliera la orden, al tiempo que le advertía que si no estaba acostumbrado a respetar las órdenes de los oficiales de su regimiento, tendría que respetar las órdenes de los oficiales de este regimiento”.

y ya en Cuba, se tendió a justificar su actitud debido a su ingenuidad (aparentemente Tharp le había dicho que estaba “muy verde”), y se le concedió clemencia por su buena conducta después de los hechos. Al final se le impuso una condena de seis meses de trabajos forzados y una multa.⁴⁹

Por su parte, el teniente Tharp estaba atrapado entre sus aspiraciones de disciplina y respeto, de un lado, y los inquietos reclutas que se suponía que debía entrenar y controlar, del otro. Activista durante largo tiempo en los muelles de Nueva Orleans, Tharp estaba amargamente consciente de lo que describía como el “espíritu” de “toda la población de la ciudad de Nueva Orleans durante los últimos veintitantos años”, y parece haber temido que ocurriera lo peor. Cuando la unidad se aprestaba a abandonar Camp Corbin, Tharp le cedió la custodia de sus dos hijos por un primer matrimonio –Naomie Annie, de doce años, “actualmente en el convento de las Hermanas de la Sagrada Familia”, y Edwin Lafayette, de diez años, “actualmente en el Hogar de Niños de Thomy Lafon”– a un pastor de la localidad, el reverendo Isaac Hall. Esos niños, educados en instituciones creadas a lo largo de los años por activistas de color, permanecieron en ellas durante la ausencia de Tharp, aunque el reverendo Hall estaba autorizado a enviar a Edwin Lafayette “a Straight University o cualquier otra institución docente que a su juicio responda a los mejores intereses del niño”. Mientras tanto, su padre, como segundo teniente de la Compañía H del Noveno de Infantería, trataría de demostrar dotes de liderazgo y buen juicio en medio de una situación plagada de contradicciones. Tharp no era el único que se debatía entre el optimismo y el pesimismo. El notario que fue al campamento para redactar el documento de custodia era Louis A. Martinet, el abogado de color que había contribuido a llevar el caso de *Plessy v. Ferguson* al Tribunal Supremo de los Estados Unidos y que después cerrara su periódico, abatido por la derrota.⁵⁰

Diez días después, justo cuando el Noveno de Voluntarios estaba a punto de embarcar hacia Cuba, el gobierno español aceptó los términos de paz ofrecidos por los Estados Unidos. A partir del 12 de agosto no quedaba ningún enemigo que combatir que no fuera la fiebre amarilla. Los voluntarios de Luisiana irían a unirse a los ocupantes de las provincias orientales, diezmados por las enfermedades y el hambre. Su desfile hasta los transportes de tropas, a lo largo de la avenida Esplanade, en Nueva Orleans, fue, no obstante, ocasión de celebración, y los ciudadanos negros se situaron a lo largo de las calles para desearles buena suerte. Para el teniente Carmouche, la travesía por el Golfo de México fue también motivo de inspiración. Nieto de una esclava, admiraba desde hacía largo tiempo las luchas por la libertad escenificadas en el Caribe, y podía ahora escribirle a su familia que había visto con sus propios ojos lo que su esposa describiera como “la Isla de Haytí, la tierra de Toussaint Louverture”.⁵¹

La población de Santiago de Cuba había quedado atónita cuando 42 barcos mercantes cargados de abastecimientos para los soldados de los Estados Unidos entraran a todo va-

⁴⁹ Ver los documentos de la corte marcial, U.S. vs. Private Thomas Bazile, San Luis, 25 de noviembre de 1898, no. 9317, RG 153, USNA. La descripción física de Tharp está tomada de los documentos de su pensión, C-2483201, USNA.

⁵⁰ Ver los documentos de la corte marcial de Bazile citados en la nota 49; y “Lafayette Tharp. Procuration to Rev. Isaac H. Hall”, 2 de agosto de 1898, acta 14, 1898, vol. 3 de los libros notariales de Louis A. Martinet, NONARC. Para las edades de los niños, ver declaración de Tharp del 15 de marzo de 1900 en los documentos de su pensión, C-2483201, USNA.

⁵¹ Sobre la fiebre amarilla, ver A. B. Feuer, *The Santiago Campaign of 1898: A Soldier's View of the Spanish-American War*, Praeger, Westport, Conn., 1993. En el *Times-Picayune* del 18 de agosto de 1898 se describe la partida del Noveno de Voluntarios. La descripción de Haití es de Bridget Fernández Carmouche, Donaldsonville, a Pierre L. Carmouche, 12 de marzo de 1899, tomada de la papelería de la familia Carmouche/Conway, cortesía de Leroy Soles, de Detroit, Michigan.

por en la bahía de esa ciudad en los días que siguieron a la capitulación española. Pero, ¿cómo podía interpretar el arribo de soldados de refresco ahora que la guerra había concluido? El comportamiento de las tropas estadounidenses en la ciudad de Santiago ya había causado considerable alarma, y ahora había más en camino. La prensa en inglés de Santiago, además, predecía lo peor con la llegada de los “inmunes”.⁵²

La primera orden que recibió el Noveno de Voluntarios fue la de unirse al campamento ubicado en la Loma de San Juan, y pronto atendían allí a los enfermos y heridos. A fines de agosto, la fantasía de la inmunidad de los negros ya se había desvanecido, y el regimiento había sido diezmado por la fiebre. Demasiado debilitados en un inicio para seguir viaje hacia su nuevo campamento, el 19 de septiembre los voluntarios ya se habían recuperado lo suficiente para abordar el tren que los llevaría a San Luis, veinticinco millas tierra adentro. Como la mortalidad de las tropas emplazadas en Santiago había alcanzado niveles espantosos, el alto mando consideró más seguro acantonar a los recién llegados en pueblos a mayor altura sobre el nivel del mar. San Luis era la segunda ciudad en tamaño de la provincia oriental, ubicada al otro lado de la Sierra de Boniato, en un rico valle azucarero. También quedaba cerca de la casa de la familia del general Antonio Maceo, un héroe para miles de cubanos y un modelo para los activistas afronorteamericanos, incluido el teniente Pierre L. Carmouche.⁵³

La mayoría de los 11.000 habitantes de San Luis había sido catalogada por el censo como negra o mestiza. Un soldado del regimiento de Kansas acantonado allí escribió: “Estoy convencido de que estas personas son de nuestra raza negra, porque aunque no saben hablar inglés, tienen la complexión de nuestra raza”. Una delegación de oficiales de los regimientos negros de los Estados Unidos visitó a la familia de Maceo para presentarle sus respetos, y habló con sus hermanas, quienes parecían ganarse la vida penosamente lavando la ropa de las fuerzas de ocupación. El capitán William Coston, capellán de la unidad de Luisiana, también escribió con mucho sentimiento sobre la familia de Maceo y sus sacrificios. Coston se declaró muy impresionado por la población cubana de los pueblos de San Luis y el cercano Songo, a la que hallaba extraordinariamente hospitalaria. Un soldado de infantería de Kansas escribió: “Esta gente nos trata lo mejor que puede, y hace todo lo posible para hacerse amiga nuestra”.⁵⁴

El papel de los soldados tenía ciertas recompensas. Varios de los voluntarios negros estacionados en Santiago escribían a sus hogares orgullosos de ser “los dueños” de la situación, porque se habían opuesto a los intentos de civiles norteamericanos blancos, incluido el propietario de un hotel, de que respetaran en Cuba la segregación por el color de la piel. Algunos de los soldados regulares negros que habían combatido en la Loma de San Juan compartían ese entusiasmo. John E. Lewis, del Décimo de Caballería, escribió posteriormente:

Prefiero Cuba antes que cualquier lugar del Sur en que haya estado, y casi no hay estado del Sur que no haya visitado. Aquí... un hombre vale por lo que es. El gran general cubano Rabbi [sic] (un ne-

⁵² Emilio Bacardí y Moreau, *Crónicas de Santiago de Cuba*, Tipografía Arroyo Hermano, Santiago de Cuba, 1924 (2.ª ed.), 9, p. 109. Ver el *Times of Cuba: Diario Independiente y de Información*, especialmente el número del 18 de agosto de 1898.

⁵³ Ver Muster-Out Roll of Company L, Ninth U.S. Volunteer Infantry, AGO, RG 94, USNA; y William H. Coston, *Spanish-American War Volunteer*.

⁵⁴ El censo de 1899 registró 4.621 residentes de San Luis clasificados como “mestizos”, 3.621 como negros, 2.967 como blancos nativos del país y 465 como extranjeros blancos. Ver U.S. War Department, *Report on the Census of Cuba, 1899*, Government Printing Office, Washington, D.C., 1900, pp. 198-199. Las cartas de los soldados aparecen citadas en Willard B. Gatewood, “*Smoked Yankees*”, pp. 193-194. William H. Coston, *Spanish-American War Volunteer*, pp. 191-193.



gro), hizo una parada en su viaje de Bayamo a La Habana, Cuba, y era sorprendente ver cómo salían los cubanos a rendirle homenaje a ese general cubano negro. Salieron los habitantes más notables. Allí no había segregación por el color de la piel.⁵⁵

No obstante, la vida cotidiana en el campamento era considerablemente menos estimulante. En una carta enviada a su hogar, tres soldados del Octavo de Infantería de Illinois dejaron constancia de su rutina diaria en términos que permiten advertir algo de la anomalía de la situación:

Cuando los hombres salen de las barracas, caminan hasta el arroyo a lavarse, y recorren las casas de los cubanos. Uno se sienta junto a la puerta y la familia se sienta alrededor en un círculo, y eso es todo. Uno no los entiende y ellos no lo entienden a uno.⁵⁶

Sin embargo, para el capellán Coston, un vínculo espiritual no necesariamente requería un idioma común. Declaraba con optimismo que algunos residentes de la localidad se habían unido a las tropas para asistir a los servicios religiosos al aire libre. También le complació officiar en varias bodas de soldados estadounidenses con novias cubanas.⁵⁷

La región de San Luis atravesaba, ya sin eso, una época de intranquilidad. Los generales Henry W. Lawton y Leonardo Wood, jefes norteamericanos sucesivamente del departamento de Santiago, emitían órdenes en la ciudad, mientras que los soldados cubanos seguían armados en las montañas. En principio, ahora que habían cesado las hostilidades, el forrajeo debía terminar, pero las autoridades estadounidenses decretaron que no se entregaran raciones a los soldados cubanos. El general cubano Agustín Cebreco, un hombre de color del cercano pueblo de El Cobre, le envió un despacho urgente al general Máximo Gómez en el que le informaba que esto colocaba a los hombres a su mando en una situa-

⁵⁵ Willard B. Gatewood, "Smoked Yankees", pp. 233-234. Otros soldados negros, sobre todo a medida que pasaba el tiempo, se burlaron de las costumbres cubanas, en especial de las casas de guano y la desnudez de los niños. Ver las cartas en pp. 186-207.

⁵⁶ Willard B. Gatewood, "Smoked Yankees", pp. 203-205.

⁵⁷ William H. Coston, *Spanish-American War Volunteer*, p. 193.

ción imposible, y que dudaba de que, dadas las circunstancias, se debiera observar un estricto respeto a la propiedad privada.⁵⁸ Poco después, las fuerzas rebeldes cubanas convocaron a una asamblea de delegados en Santa Cruz del Sur (Camagüey) para tratar de llegar a acuerdos sobre el futuro político de la isla. Esta asamblea recibió muy pocas muestras de respeto del mando estadounidense, pero a lo largo de toda la isla un sinnúmero de activistas seguía presionando a favor de la autonomía de los cubanos en los asuntos locales. El 1.º de noviembre de 1898, un grupo de propietarios y artesanos cubanos de San Luis le envió una audaz misiva a quien denominaban “ciudadano general Leonardo Wood”. En ella explicaban que el juez municipal de la localidad –quien presumiblemente ejercía esas funciones desde la época colonial– no era la persona adecuada para desempeñar el cargo. De ahí que se hubieran constituido en comité de nominación y hubieran elegido al oficial rebelde cubano José Alayo y Torres para sustituir al juez indeseable. La carta tenía el propósito de informar a Wood de las acciones del comité y obtener su venia. Terminaban su misiva con la frase “Patria y Libertad”, y actuaban en el entendido (que resultó correcto) de que a pesar de la afirmación de los Estados Unidos de su derecho a realizar esos nombramientos, Wood tenía cosas más importantes de qué ocuparse que tratar de oponerse a su elección.⁵⁹

Mientras tanto, el general Wood organizaba una policía urbana y una guardia rural provincial, con el propósito de matar dos pájaros de un tiro: proporcionarles empleo a soldados cubanos seleccionados y establecer una institución armada local bajo sus órdenes directas, con el objetivo de patrullar los campos. No resultaba claro quién sería el blanco de la actividad de la guardia rural, si delincuentes, bandidos, soldados rebeldes soliviantados o cualquier presunto maleante que ella misma determinara. Para poner a la cabeza de esa fuerza en Santiago, Wood escogió a un veterano atípico: un español llamado Rafael Ferrer que había reivindicado el rango de teniente de las fuerzas rebeldes en 1897, pero que nunca había recibido oficialmente ese grado. (Parece posible, dados el lugar de su nacimiento, su tardía fecha de incorporación y la ausencia de un nombramiento formal por parte de las fuerzas rebeldes, que Ferrer haya sido un desertor del ejército español, pero los documentos no aclaran ese particular.) Ferrer y sus hombres establecieron su campamento el 4 de noviembre en la finca Santa Úrsula, al este de la ciudad de Santiago. Casi de inmediato, el dueño expresó su indignación ante lo que consideró una invasión de sus propiedades y el maltrato al que Ferrer sometía a sus empleados.⁶⁰

El 11 de noviembre de 1898, la flamante guardia rural salió a patrullar los distritos del norte de la región de Santiago, incluida el área que ocupaba el Noveno de Voluntarios de los Estados Unidos.⁶¹ El 14 de noviembre, Ferrer y sus hombres se presentaron en la fábrica del ingenio Norma, que se usaba en ese momento como comedor de los soldados negros de Luisiana. Algo sucedió esa tarde en el comedor que reverberaría en San Luis, Santiago y Nueva Orleans. Algunos periódicos de Luisiana dijeron posteriormente que un soldado negro estadounidense, que se encontraba ebrio, se había robado un cerdo y había

⁵⁸ Ver Agustín Cebreco a Máximo Gómez, 6 de septiembre de 1898, exp. 1842, leg. 13, Fondo Máximo Gómez, Archivo Nacional de Cuba (ANC).

⁵⁹ Sobre la Asamblea de Santa Cruz, ver *La Lucha. Diario Republicano*, 5 de noviembre de 1898; 14 de noviembre de 1898; 17 de noviembre de 1898. Ver la carta de J. Carbó y otras 40 personas al “Ciudadano General Leonardo Wood”, 1.º de noviembre de 1898, en exp. 15, leg. 875, Fondo Gobierno Provincial, Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba (AHPScC).

⁶⁰ Enrique Badell y Lloperena al general Wood, 25 de noviembre de 1898, exp. 32, leg. 875, Fondo Gobierno Provincial, AHPScC. Rafael Ferrer y Bactor aparece en Carlos Roloff y Mialofsky, *Índice alfabético y defunciones del Ejército Libertador de Cuba*, Rambla y Bouza, La Habana, 1901, Defunciones, p. 81, con fecha de incorporación en 1897.

⁶¹ Emilio Bacardí, *Crónicas de Santiago de Cuba*, 10, p. 187.

hecho resistencia cuando un policía cubano se dispuso a arrestarlo. Pero los documentos del regimiento no corroboran esa versión, ya que no incluyen ninguna referencia a un cerdo; y tampoco lo hacen los informes preliminares de los oficiales al mando, quienes declararon que el teniente Ferrer, de la guardia rural, había atacado y matado, sin que mediara provocación, al soldado Willie Clark, del Noveno de Voluntarios. Fuera cual fuese el conflicto inicial, sus secuelas constituyeron un eco del anterior llamado a las armas de Thomas Bazile en el campamento de Nueva Orleáns. Algunas “personas desconocidas y presas de la furia” —presumiblemente soldados del regimiento de Clark— se presentaron en la fábrica y se enfrentaron a la guardia rural. En el enfrentamiento murieron el teniente Ferrer y otros dos guardias, al igual que el propietario de la tienda del ingenio y su hijo.⁶² En el fuego cruzado resultaron heridos un niño cubano y varios soldados estadounidenses. El general Leonardo Wood, temeroso de las consecuencias de la refriega, se apresuró a marchar a San Luis.

Hubo tantas versiones contradictorias del incidente como reputaciones que proteger y odios que atizar. El capellán del Noveno de Voluntarios —que no se encontraba en su unidad cuando ocurrieron los hechos— lo describió posteriormente como una tragedia provocada por un malentendido. El coronel John R. Marshall, del regimiento de Illinois estacionado en San Luis, informó, después de realizar una investigación, que el teniente Ferrer le había disparado al soldado Willie Clark sin que mediara ninguna provocación. El general Wood, por el contrario, llegó a la conclusión de que los soldados negros estadounidenses eran los únicos culpables del incidente, pero también que este había sido enteramente imprevisible, y que, por tanto, no era culpa del gobernador, esto es, de él. Un reportaje publicado en La Habana lo presentaba como un enfrentamiento entre soldados negros norteamericanos —a quienes describía como “una horda de feroces salvajes”— y cubanos, omitiendo el hecho de que el teniente Ferrer era español. Versiones publicadas en la prensa de Nueva Orleáns describían el incidente como una pelea de borrachos, y daban por buenas las protestas de los demócratas contra el reclutamiento de negros. Dos miembros del Noveno de Voluntarios fueron enviados a prisión en Santiago y juzgados varios meses después por un tribunal militar. El comandante Duncan B. Harrison, quien estaba al frente de uno de los batallones de la unidad, actuó como abogado de la defensa, y los acusados fueron absueltos.⁶³

Ya no hay manera de desenredar la maraña de versiones para llegar a saber hasta qué punto el tiroteo fue un eco de enfrentamientos previos entre soldados negros y policías blancos en Nueva Orleáns, o estuvo influido por las tensiones entre cubanos y ocupantes, o fue una riña provocada por el alcohol. Parece ser que en el campamento de San Luis las cosas andaban bastante mal en ese mes de noviembre. La estrategia de imponerle a cada compañía de voluntarios un capitán blanco, quien en el mejor caso estaba poco familiarizado con los hombres a su mando, y en el peor sentía un profundo desprecio por ellos, contribuyó a que cundiera la indisciplina, sin que ello desembocara en amotinamientos, pero sí en una erosión del respeto y la solidaridad que son la base de las unidades de voluntarios. La tensión iba en aumento desde hacía varios meses entre unos capitanes blan-

⁶² En Carlos Roloff, *Índice, Defunciones*, p. 81, se afirma que Ferrer murió en San Luis, pero la fecha que aparece es enero de 1898, quizás para que la viuda pudiera solicitar una pensión. Para detalles del episodio, ver notas 63 y 66.

⁶³ Se puede reconstruir parcialmente el incidente a partir de la historia del regimiento de Coston y de los documentos manuscritos del regimiento. Ver William H. Coston, *Spanish-American War Volunteer*, especialmente p. 69; el *New Orleans Picayune*, el *Washington Bee* y *La Lucha. Diario Republicano* (La Habana), todos entre el 15 y el 30 de noviembre de 1898; y los documentos del Ninth U.S. Volunteer Infantry, AGO, RG 94, USNA. El documento clave de la corte marcial debe de estar en U.S. National Archives, pero hasta el momento se ha negado a aparecer. Se habla del coronel John R. Marshall en W. T. Goode, “*Eighth Illinois*”, pp. 65-69.

cos que se comportaban despóticamente y unos tenientes negros intranquilos y deseosos de probar su valía.⁶⁴

En los días que siguieron, en medio de un torbellino de cortes marciales sumarias realizadas a varios soldados, al capitán W. A. Dayton de la Compañía D, uno de los jefes de compañía blancos de Luisiana, se le ordenó mantenerse en sus habitaciones. La magnitud de la indisciplina de Dayton se adivina en la orden enviada al oficial de guardia en San Luis el 29 de noviembre:

El jefe del regimiento le ordena retirar de la tienda del capitán Dayton todas sus armas y todas las bebidas alcohólicas que encuentre allí, y después ubicar en el lugar como centinela a un hombre confiable; con instrucciones de no permitir que se le entreguen al capitán Dayton armas o bebidas alcohólicas, no autorizar a ningún civil a entrar en su tienda excepto en su presencia, e informarle de inmediato sobre cualquier intento del capitán Dayton de abandonar su tienda, salvo para ir al baño. Le leerá estas instrucciones al capitán Dayton en cuanto esté en condiciones de entenderlas.

El capitán Dayton, valiéndose de los privilegios de los oficiales que estaban al frente de unidades de voluntarios, renunció poco después. El mando de la compañía fue puesto en manos del teniente Sterling Price Brown, el médico negro que trabajara durante varios años con los portuarios de Nueva Orleans.⁶⁵

El coronel Crane intentó mantener a raya a los soldados y evitar que tuvieran nuevos contactos con civiles cubanos. Prohibió la venta de ron y caña de azúcar a la tropa y ordenó que se impidiera la entrada en el campamento a los vendedores cubanos. El general Wood, quien sostenía que Ferrer había disparado en defensa propia, nombró a un nuevo jefe de la guardia rural y ordenó trasladar el campamento de las tropas estadounidenses a varias millas del pueblo. En el curso de unas pocas semanas se dieron pasos para llevarse las unidades definitivamente de San Luis. Obviamente, Wood quería que se olvidara el incidente, y lo cierto es que resulta casi imposible encontrar detalles del mismo en los documentos militares. No obstante, para los soldados del Noveno de Voluntarios, el suceso fue un hito que recordaban años después. En una solicitud de pensión presentada en 1901, el teniente Lafayette Tharp identificaba el lugar y el momento de la enfermedad que sufriera durante su servicio militar como “Camp Acheva, a tres millas y media al norte de San Luis, Cuba, en el tercer campamento en las montañas después del disturbio en la fábrica de azúcar”.⁶⁶

La prensa demócrata de los Estados Unidos hacía una lectura racial de incidentes como ese y asociaba los desórdenes a los reclamos de los negros. El *Times-Democrat* de Nueva Orleans les explicaba a sus lectores que

estos regimientos han venido disfrutando de igualdad social en la isla, donde una gran proporción de la población es de sangre negra o mezclada, y donde no existe la separación entre las razas en la que insisten los anglosajones. Cada uno de esos hombres regresará imbuido de la idea de que puede implantar esa estafa de la igualdad social aquí igual que en Santiago.

⁶⁴ Ver el *Colored American*, 1.º de julio de 1898, para la reacción inicial de los reclutas negros ante la noticia de que sus capitanes serían incorporados con los grados de tenientes; y el número del 12 de noviembre de 1898 para la renuncia de siete primeros y segundos tenientes del Noveno de Voluntarios. Sobre los capitanes que los reemplazaron, ver notas 48 y 65.

⁶⁵ Orden al capitán R. M. Nolan, oficial de guardia, 29 de noviembre de 1898, Regimental Letters Sent and Endorsements, y papeles de Company D, ambos en Ninth U.S. Volunteer Infantry, AGO, RG 94, USNA.

⁶⁶ Ver las órdenes del coronel Crane en Regimental Letters, Ninth U.S. Volunteer Infantry, AGO, RG 94, USNA. El informe del general Wood, de fecha 18 de noviembre de 1898, está en Letters Sent, Department of Santiago, Entry 1479, RG 395, USNA. Ver Claimant's Affidavit, Lafayette Tharp, 31 de diciembre de 1901, en Pension File of Lafayette Tharp, C-2483201, USNA.

Esa referencia a la “igualdad social” como una “estafa” era reflejo de una vieja campaña de los propagandistas de la supremacía blanca destinada a describir la igualdad civil y política que propugnaban los activistas negros como algo a lo que denominaban “igualdad social”, que evocaba los fantasmas de las relaciones forzosas y la mezcla de razas. Esa maniobra discursiva les había resultado muy exitosa en el caso de *Plessy v. Ferguson*, decidido poco antes, al transformar lo que la Constitución de Luisiana de 1868 describiera como un “derecho público” –la igualdad de acceso a la transportación pública– en un ominoso reclamo de “igualdad social”. El fallo de los tribunales, adverso a *Plessy*, podía, por tanto, parecer justificado a quienes consideraban que la “igualdad social” era sumamente indeseable, a quienes opinaban que resultaba lamentablemente inalcanzable y a quienes la creían fuera del ámbito de la ley constitucional. Y una vez que la “igualdad social” sustituía a la “igualdad civil” o a los “derechos públicos” como descripción de lo que estaba en juego, se podía expandir aún más su aura negativa para que incluyera derechos que incluso pocos años antes se habría considerado que estaban garantizados por la Constitución.⁶⁷

Periódicos como el *Washington Bee* se opusieron a esta caracterización de los acontecimientos e insistieron en que era Cuba la que estaba amenazada por la extensión de un racismo y de una segregación explícita por el color de la piel como los existentes en los Estados Unidos.⁶⁸ De ahí que algunos periodistas afronorteamericanos formularan la cuestión cubana en términos didácticos, vinculando la cuestión de los derechos políticos en los Estados Unidos y en el extranjero. ¿El servicio militar prestado por los soldados negros impediría que se les privara del voto en los Estados Unidos? Y, ¿qué sistema de gobierno, establecido sobre la base de qué distinciones sociales y raciales, tratarían de implantar los Estados Unidos en la isla de Cuba, haciendo uso de la autoridad que pronto confirmaría el Tratado de París? Las intenciones de los Estados Unidos en lo relativo al estatus a largo plazo de la isla no resultaban claras, e incluso las estrategias a corto plazo no habían sido completamente meditadas. Estaban por definir los límites, e incluso la existencia misma, de la ciudadanía cubana.

El 1.º de enero de 1899, la intervención *de facto* fue sustituida por un gobierno formal estadounidense, y el presidente McKinley nombró al general John R. Brooke gobernador militar de Cuba. Tras justificar la ocupación como un período de aprendizaje de la práctica de la democracia, el gobierno republicano de Washington tendría que decidir ahora qué principios de sufragio se aplicarían en Cuba, donde no existían los obstáculos del federalismo para promulgar regulaciones electorales igualitarias, si el gobierno de los Estados Unidos decidía hacerlo. Había, al mismo tiempo, un abismo entre el proyecto de pacificación supervisada por los Estados Unidos y la realidad de la vida de la posguerra en los campos. El ejército de ocupación de los Estados Unidos apenas se daba abasto para cubrir un territorio extenso, y la guardia rural, el cuerpo designado para auxiliarlo, sólo se hallaba a medias bajo el control estadounidense. Muchos civiles habían salido de los campos de la “reconcentración” físicamente depauperados y dependían de los suministros humanitarios. Los veteranos del Ejército Libertador, todavía armados, buscaban medios para

⁶⁷ *New Orleans Times-Democrat*, 19 de marzo de 1899, citado en William H. Coston, *Spanish-American War Volunteer*, pp. 55-56. En la sentencia de *Plessy*, el juez Brown argumentó que la Décimo Cuarta Enmienda “no podía haber tenido por intención abolir las diferencias por motivo del color de la piel, ni hacer obligatoria la igualdad social, a diferencia de la política”. Ver *Plessy v. Ferguson* 163 U.S. 537 (1896).

⁶⁸ En el número del 10 de septiembre de 1898 del *Washington Bee*, los editores habían planteado que los voluntarios necesitaban algún tiempo para adquirir la disciplina de los soldados regulares, y que, de hecho, algunos soldados blancos del Sur estaban dando serias muestras de indisciplina al negarse a saludar a los oficiales “de color”.

sobrevivir y reintegrarse a la vida productiva.⁶⁹ En pueblos pequeños, fuera del alcance de las fuerzas estadounidenses, esos veteranos a menudo se hacían con la autoridad de modo muy directo. Desde Cienfuegos, en la región central de Cuba, el hacendado bostoniano Edwin Atkins escribía intranquilo que unos insurgentes “al mando de oficiales negros” habían asumido el poder en el cercano pueblo de Arimao. Seguía reinando la incertidumbre. El gobierno de los Estados Unidos pronto le ofrecería 75 dólares a todo soldado cubano que entregara sus armas, pero el canje les pareció a muchos un proceder indigno. A otros les irritaba la manera en que los oficiales estadounidenses desdeñaban a los cubanos y se burlaban de su sentido del deber cívico.⁷⁰

Los cubanos de ascendencia africana, en especial, tenían razones de peso para esperar que el orden poscolonial fuera distinto al que lo precediera. Buscaban evidencias, tanto simbólicas como sustantivas, de que la expulsión de España pondría fin a odiosas distinciones raciales. No obstante, sus actos y sus gestos desconcertaban a los observadores estadounidenses para quienes la segregación por el color de la piel era lo normal. Cuando el general cubano Máximo Gómez visitó Cienfuegos en febrero de 1899, le dieron la bienvenida funcionarios norteamericanos y cubanos, lo alojaron en la casa de un millonario y lo homenajearon con un espléndido desfile. “Se vio a un oficial muy digno marchando con una negra del brazo (eso dijeron los muchachos) y todo andaba mezclado”, escribió Edwin Atkins. Miembros del Ejército Libertador de la región se desplegaron a lo largo de la línea del ferrocarril para saludar a Gómez, y la mayoría de los reunidos era de color. Atkins describió con burlas ese despliegue, y expresó sus sospechas de que Gómez trataba de atizar los sentimientos favorables a la independencia. Fuera como fuese, los que esperaban a lo largo de la línea férrea hacían gala de su creencia de que también eran participantes legítimos en la cultura pública.⁷¹

A estas afirmaciones de igualdad cívica se sumaban urgentes peticiones de recursos. Ya en 1898, soldados cubanos habían intentado tomar posesión de tierras de cultivo ociosas en el oriente de Cuba, y hasta el general Wood consideró que sus reclamos bien podían estar justificados desde un punto de vista moral. En mayo de 1899, se informaba de familias que regresaban a los campos de la provincia de Santa Clara y comenzaban a cultivar sitios. Quienes lograban cultivar tabaco o trabajar como precaristas en fincas tabacaleras podían tener la esperanza de obtener algún efectivo. No obstante, la agricultura requería implementos y animales, y ambos eran bienes escasos. El general James Wilson, gobernador de las provincias de Matanzas y Santa Clara, propuso entregarles implementos agrícolas y semillas a los cubanos en las zonas rurales, e indicó que para las ya próximas elecciones municipales podía resultar más conveniente un sufragio amplio que uno restrictivo. Pero el gobernador Brooke, que consideraba que la distribución de implementos y de créditos no fomentaba la independencia individual, rechazó esas propuestas.⁷²

⁶⁹ Ver Louis A. Pérez, Jr., *Cuba Between Empires, 1878-1902*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1983, especialmente pp. 205-227.

⁷⁰ Ver Edwin F. Atkins, *Sixty Years in Cuba: Reminiscences of Edwin F. Atkins*, 1926; reimpresión: Arno Press, Nueva York, 1980, pp. 294-296; Ignacio T. Alomá a Demetrio Castillo, 20 de febrero de 1899, en exp. 23, leg. 875, y Dominador del Giraudi a Gbr. del Dpto. de Santiago de Cuba, 5 de agosto de 1899, exp. 5, leg. 515, ambos en Fondo Gobierno Provincial, AHPsdeC.

⁷¹ Edwin F. Atkins, *Sixty Years*, pp. 297-301; Pablo L. Rousseau y Pablo Díaz de Villegas, *Memoria descriptiva, histórica y biográfica de Cienfuegos y las fiestas del primer centenario de la fundación de esta ciudad*, Siglo XX, La Habana, 1920, pp. 265-266. Sobre cultura pública, ver Marial Iglesias Utset, *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana: Cuba, 1898-1902*, Ediciones Unión, La Habana, 2003.

⁷² Ver U.S. War Department, *Reports of Brigadier-General Leonard Wood, U. S. V., on Civil Affairs in the Provinces of Santiago and Puerto Principe, Cuba*, en *Annual Reports of the U.S. War Department* 1899, vol. 1; “Reports on the agricultural conditions in the Provinces of Matanzas and Santa Clara”, del inspector ge-

Sin embargo, la “pacificación” exigía que el gobernador Brooke tuviera en cuenta al menos algunos de los reclamos de los veteranos cubanos. Se les habían prometido pagos retroactivos por su tiempo de servicio, y la cuestión llegaría a consumir meses de debates y millones de dólares. Mientras tanto, decenas de asuntos menores, pero vitales, presionaban al gobierno militar. Por ejemplo, ¿quién podía reclamar con todo derecho la propiedad de los caballos de los que los soldados rebeldes se apoderaran durante la guerra? Desde hacía mucho los caballos eran un símbolo y un instrumento de movilidad y autonomía, y muchos veteranos estaban en posesión de caballos capturados en incursiones o donados por simpatizantes de la lucha contra España. Defender los derechos establecidos sobre la propiedad parecía un objetivo adecuado para los ocupantes, pero, ¿cómo definir esos derechos inmediatamente después de una guerra en el curso de la cual la manera de procurarse cabalgaduras y suministros había sido el forrajeo?

Brooke parece haberse percatado rápidamente de que no habría sido sensato tratar de desmontar de sus caballos a unos hombres que se consideraban los libertadores de su nación. En junio de 1899 emitió una orden mediante la cual se autorizaba a todo soldado que pudiera presentar dos testigos fiables que declararan que había estado en posesión de un caballo antes del armisticio, a inscribir la bestia en el registro pecuario de su localidad. De hecho, se trataba de una importante innovación con respecto a las normas usuales relativas a la transmisión de la propiedad, y pocos meses después Brooke se desdijo, al dictaminar que dicha inscripción adjudicaría la propiedad sólo cuando hubiera otras reclamaciones orales, y no si alguien tenía en su poder un título de propiedad por escrito sobre el animal. Pero el procedimiento había quedado establecido, y las autoridades municipales parecían favorecerlo: el ayuntamiento de Cienfuegos ya había dictado una regulación parecida, que abarcaba no sólo a los caballos, sino, de modo más general, a los “animales”.⁷³

Aunque la intención de Brooke parece haber sido puramente pragmática, hubo quienes comprendieron las posibles implicaciones de este nuevo modo de definir la propiedad. Un político cubano conservador, Rafael Martínez Ortiz, recordaría después con amargura la orden de Brooke: “Fue una resolución mala, que sentó precedentes pésimos,” y que produjo “disgustos hondos” y una desconfianza general. Y lo que le parecía más importante, que tendió a “conducir por rumbos equivocados el concepto de lo moral y de lo justo en las masas desprovistas de cultura”.⁷⁴ En su airada denuncia, Martínez Ortiz aludía a un vínculo crucial entre la política y la propiedad. Los habitantes de las zonas rurales, incluidos los ex esclavos y sus descendientes, estaban muy al tanto de que su autonomía dependía, en buena medida, del acceso que lograran a determinados recursos, que iban desde el caballo que montaban hasta la mula en que llevaban los productos al mercado. Quizás estimaran también que el derecho consuetudinario a hacer uso de viviendas, cultivar sitios o criar cerdos los hacían propiedad suya y de su familia, aunque los títulos legales sobre esos recursos, de antes de la guerra, pudieran estar en manos de terratenientes o inversio-

neral en funciones capitán Fred. S. Foltz, 3 de febrero de 1900, en legajo 1900:1670, RG 140, USNA; y Brooke, *Civil Report* del 1.º de octubre de 1899, citado en David F. Healy, *The United States in Cuba, 1898-1902: Generals, Politicians, and the Search for Policy*, University of Wisconsin Press, Madison, 1963, p. 104.

⁷³ En la traducción oficial, decía textualmente: “The horses taken by officers or soldiers of the Cuban army during the late war against Spain shall be inscribed in the ‘Registro Pecuario’ as the property of the said officers or soldiers, on their request, provided that they establish, by the testimony of two reputable witnesses, the fact that the said horses were in their possession or in that of the Cuban army on or before the 12th day of August, 1898”. *Civil Report of Major-General John R. Brooke, U.S. Army, Military Governor, Island of Cuba*, Washington, D.C., 1900, pp. 55, 70. Para una regulación local de febrero de 1899, ver folio 8, vol. 43 (1899), *Actas Capitulares*, Municipio de Cienfuegos, Archivo Histórico Provincial de Cienfuegos (AHPHC).

⁷⁴ Ver Rafael Martínez Ortiz, *Cuba: Los primeros años de independencia*, Editorial “Le Livre Libre”, París, 1929, 1, pp. 83-84.

Foto de Dorothea Lange



nistas de las ciudades. En la región oriental, donde existían desde tiempos remotos abundantes tierras realengas, se podían presentar reivindicaciones similares de asentamiento en las mismas. Pero a quienes poseían los títulos de propiedad, cualquier paso que estableciera un derecho moral sobre la base del mérito o el trabajo, por encima de un derecho expresado por escrito en un título de propiedad previo, podía parecerles una amenaza al orden social, incluso si su intención era meramente la de formalizar un *fait accompli*.

Una de las razones por la que los cubanos de las zonas rurales reclamaban su derecho a esos recursos era que las perspectivas para quienes sólo tenían su fuerza de trabajo para vender eran, por lo general, desoladoras. Durante la incierta reconstrucción del período de posguerra, los trabajadores de las colonias y los centrales azucareros ganaban sólo entre 60 y 80 centavos al día, sin la comida. Frederick Folz, un oficial de las fuerzas de ocupación estadounidenses, señalaba que “los salarios... no bastan para que un hombre pueda mantener a su familia y ahorrar lo suficiente para comprar la yunta de bueyes, la carreta, el arado y el caballo que necesita para independizarse”. Indicaba que “a los trabajadores ni siquiera se les permite cultivar sitios, ya que así invertirían una porción menor de sus jornales en las tiendas de los dueños; en otras fincas se les dan tierras y se les alienta a independizarse, aunque ello no llega nunca al punto de venderles la tierra”. Un trabajador podía ocupar tierras sin pagar arriendo “a condición de estar disponible para trabajar en un ingenio”, o convertirse en aparcero u, ocasionalmente, pagar un módico arriendo. “Naturalmente, los propietarios quieren mantener las riendas en sus manos para poder expulsar a quienes no consideren arrendatarios deseables o buenos trabajadores”. Incluso dentro de esos límites, los trabajadores hacían sentir sus preferencias. Las fincas con fama de tratar

bien a sus empleados podían contratar a buenos trabajadores, “mientras que los Ingenios en los que prima la mentalidad de la esclavitud, no encuentran suficiente oferta de mano de obra”.⁷⁵

Los trabajadores que se negaban a someterse a una administración en la que primaba “la mentalidad de la esclavitud” eran tanto negros como blancos. A quince años de la emancipación, y tras varias décadas de inmigración de trabajadores españoles y de la incorporación de cubanos blancos a la fuerza laboral, la mano de obra asalariada de las zonas rurales era totalmente interracial. Se advertían ciertas preferencias raciales a la hora de contratar a los trabajadores: se favorecía a los blancos para las labores industriales en los ingenios, y se les concedía un acceso preferencial a mejores viviendas. Pero los pequeños agricultores, los trabajadores agrícolas y los portuarios eran contingentes multirraciales. Miles de hombres blancos trabajaban como cortadores de caña junto a negros y mulatos y a un número más reducido de mujeres negras. La imagen de blancos y negros trabajando codo a codo, unos junto a los otros, era a menudo literal y no meramente metafórica, y en ningún lugar era más cierta que en las filas de los veteranos del Ejército Libertador y en los cañaverales.

El momento en que los grupos de veteranos llegaban de regreso a sus hogares constituía una oportunidad para conseguir ciertas seguridades contra eventuales intentos de desalojo. Ese proceso quizás resulte más claro si se le observa con una lente de aumento: colindante con los terrenos del ingenio Soledad había una gran extensión de tierras baldías que formaba parte del antiguo corral de San Antón. Un contratista y hombre de negocios de la ciudad llamado Antonio Ravella tenía un título que lo acreditaba como propietario de al menos 50 acres de ese terreno. Ravella y su esposa murieron en Cienfuegos durante la guerra, y sus herederos, entre ellos su hija María, no liquidaron de inmediato la herencia. Parece ser que poco después de la guerra, el veterano negro Cayetano Quesada, su padre Alejandro Quesada, y su compañero de armas blanco Zacarías González ocuparon esos terrenos y comenzaron a cultivarlos. Su iniciativa combinaba lo que puede haber sido el derecho consuetudinario a cultivar un sitio del que gozara el ex esclavo Alejandro Quesada, y la demanda patriótica a asentarse en tierras ociosas que enarbolaban los veteranos. No obstante, esas reivindicaciones no se canalizaban en ese momento a través del sistema legal, que estaba bastante desorganizado, y que, en todo caso, muy probablemente no las habría reconocido. Pero la posesión *de facto* de la tierra por parte de esos veteranos generó indirectamente un documento escrito: cuando en 1901 el ingenio Soledad intentó ampliarse en esa dirección mediante la compra de 150 acres a María Ravella, esta se vio imposibilitada de incluir en la transacción “dos lotes de terreno, que indebidamente poseen otras personas”. La propietaria prometió “ejercitar sus derechos” contra estos ocupantes ilegales, entre los cuales es dable presumir que se encontraba Cayetano Quesada, pero o bien no lo intentó, o no lo logró.⁷⁶

⁷⁵ “Reports...”, Foltz, 3 de febrero de 1900, en leg. 1900:1670, RG 140, USNA; Informe del Alcalde de la Municipalidad de San Fernando por el semestre que finaliza en Junio 30 de 1900, en leg. 1900: 3589, RG 140, USNA.

⁷⁶ La división de la herencia de Ravella se encuentra en el folio 1941 ff., Escritura 283, 27 de marzo de 1900, Protocolo Fernández Pellón, PN, AHPC. El documento de venta está en “Venta de finca rústica y promesa de venta de otras”, folio 7109 ff., Escritura 1035, 22 de noviembre de 1901, Protocolo Fernández Pellón, PN, AHPC. Para más detalles, ver Rebecca J. Scott y Michael Zeuske, “Property in Writing, Property on the Ground: Pigs, Horses, Land, and Citizenship in the Aftermath of Slavery, Cuba 1880-1909”, *Comparative Studies in Society and History*, 44 (octubre de 2002): 669-699 (versión preliminar en español, “Demandas de propiedad y ciudadanía: los ex esclavos y sus descendientes en la región central de Cuba”, *Illes i Imperis* (Barcelona), 5 (2001), pp. 109-134.

Los veteranos cubanos que ocupaban tierras de esta forma por lo general lo hacían sin armar mucho revuelo, contando con que el apoyo local y la inercia legal contribuiría a sus propósitos. Pero sus reivindicaciones estaban amparadas, en cierto sentido, por las campañas más abiertas y públicas en pro del sufragio masculino universal y el pago de los haberes a los veteranos, cuya base era, en ambos casos, una doctrina implícita de la ciudadanía y de la deuda contraída con los patriotas. A primera vista, podría parecer que las reivindicaciones de las mujeres no encajaban muy bien en ese esquema. Pero, de nuevo, una mirada más cercana muestra cómo funcionaba la estrategia de reivindicaciones y alianzas. La ex esclava Gregoria Quesada vivía en un barrio de trabajadores cerca del acueducto de la ciudad de Cienfuegos, y había adquirido varios lotes pequeños en La Sierra, un pueblo ubicado en las estribaciones de las montañas. Mientras tanto, uno de los bienes de su familia, una mula que llevaba una marca “como de tres tubos”, permanecía en el ingenio Santa Rosalía, donde Gregoria Quesada fuera una patrocinada en la década de 1880. Tras el fin de la guerra, Gregoria Quesada se dirigió al administrador y después al mayordomo del Santa Rosalía para tratar de recuperar la mula. El mayordomo, Constantino Pérez, le dijo que nadie se llevaría un animal del ingenio sin un permiso por escrito.⁷⁷

Al mismo tiempo, otro ex esclavo de Santa Rosalía, Ciriaco Quesada, había regresado después de combatir en el Ejército Libertador. Los documentos que han llegado a nuestros días no aclaran si él y Gregoria eran parientes, pero sí parecen haberse convertido en aliados. Como veterano, Ciriaco Quesada tenía a su disposición ciertos recursos con los que Gregoria Quesada no contaba. Es posible que Ciriaco hubiera invocado el decreto emitido por el gobernador Brooke, ese mismo mes de junio de 1899, para inscribir un caballo en el registro pecuario del cercano pueblo de Arimao. En medio de la batalla por la mula de Gregoria, el decreto les sugirió a los dos ex esclavos una nueva táctica para luchar contra el poder del mayordomo y el administrador. El 17 de agosto de 1899, Ciriaco Quesada y su hermano Paulino se dirigieron al Santa Rosalía a inquirir por la mula de Gregoria. El mayordomo insistió en que se cumplieran todas las formalidades: no entregaría la mula sin una orden por escrito del administrador Manuel García Blanco, quien vivía en la ciudad de Cienfuegos. La realidad es que el mayordomo parece haberse sentido orgulloso de su actitud; más tarde le escribió al administrador para informarle sobre el enfrentamiento y la firmeza de la que había hecho gala.⁷⁸

No obstante, el entendido general relativo a los caballos de los veteranos podía dar lugar a un texto escrito acerca de la mula, que podía, a su vez, usarse como un arma contra el mayordomo. Parece ser que Ciriaco Quesada fue al pueblo de Arimao y obtuvo una orden por escrito del alcalde en la que se certificaba que la mula estaba inscrita en el registro pecuario a nombre de Ciriaco Quesada y que, por tanto, debía serle entregada. El veterano Francisco Álvarez Oliva era en ese momento sargento de la guardia rural en Arimao, y se mostró dispuesto a darle una mano a su antiguo compañero de armas. Ambos se presentaron en el ingenio a primera hora de la mañana siguiente y preguntaron por el mayordomo, Constantino Pérez. Este parece haberse sentido un poco desconcertado y argumentó airadamente que la inscripción en el registro pecuario no tenía ningún valor: Ciriaco Quesada podía haber inscrito todo el ganado de la finca a su nombre en Arimao; eso no cambiaba las cosas. El sargento dejó en claro que, de ser necesario, iría él mismo a buscar la mula. Pérez no tuvo más alternativa que mandar a un empleado a traer el animal. El sargento Álvarez Oliva le entregó un recibo cuidadosamente redactado, firmado con una elaborada rúbrica, y él y Ciriaco Quesada se marcharon con la mula. El mayordomo se vio reducido

⁷⁷ La reclamación de la mula, cuya referencia inicial es a “el mulo del hijo de Gregoria”, está recogida en Constantino Pérez a Manuel García, 28 de junio de 1899, CSR, OGM.

⁷⁸ Constantino Pérez a Manuel García, 17 de agosto de 1899, CSR, OGM.

a expresar su indignación en una carta al administrador en la que le decía que debían tratar de cobrarle a Ciriaco Quesada la hierba que la mula se había comido en la finca durante esos tres años, aunque sólo fuera para dejar en claro que Ciriaco Quesada nunca debió involucrar al alcalde de Arimao en la disputa.⁷⁹

El problema era potencialmente grave para las élites locales y el gobierno de ocupación de los Estados Unidos. Si un grupo de alcaldes, ayuntamientos municipales y guardias rurales les proporcionaban ayuda y facilidades a los veteranos que trataban de transformar la posesión *de facto* de un caballo en un título de propiedad, o el derecho consuetudinario en propiedad legal sobre una mula, ¿cómo proteger el derecho existente a la propiedad? Las concesiones relativamente modestas podían multiplicarse hasta llegar a convertirse en una trastornadora redistribución, a menos que la autoridad municipal en los pueblos y ciudades estuviera en manos de quienes compartían una idea más restrictiva del derecho a la propiedad y un mayor respeto por las pautas sentadas por los Estados Unidos. Sólo entonces se podría estar seguro de que promulgarían y velarían por el cumplimiento de un concepto adecuado, sobre la base de la propiedad, de lo que el político Rafael Martínez Ortiz denominara “lo moral y lo justo”.

Ninguno de los dos lados parece haber explicitado demasiado el vínculo implícito entre las cuestiones relativas a la propiedad y las relacionadas con la forma de gobierno. Incluso personajes conservadores como Martínez Ortiz se abstendrían de repudiar abiertamente el derecho moral de los veteranos a algún tipo de compensación material por parte de la nación, y, a su vez, ningún dirigente de los veteranos planteó la posibilidad de una reforma agraria en toda la línea. En la escasa medida en que se discutía públicamente el derecho a la propiedad, el debate se centraba en la demarcación de las haciendas comuneras, que eran tierras que estaban en manos de varios propietarios, cada uno con “pesos de posesión” fraccionales. Aunque la subdivisión y venta de esas haciendas era muy importante para los inversionistas, muy pocos de los participantes en el debate favorecían abiertamente el asentamiento de quienes *no* tenían un título de propiedad. La convicción de que los veteranos tenían derecho a cultivar las tierras baldías o abandonadas y hacerlas suyas parece haber encontrado expresión, fundamentalmente, en acciones locales y entendidos implícitos entre vecinos y veteranos, y no en la superficie del debate público.⁸⁰

Sin embargo, las reivindicaciones de los ciudadanos se habían ampliado hasta incluir una multitud de reclamos, escritos y orales, formales e informales, materiales y políticos. En pueblos azucareros como Lajas y Cruces, hombres y mujeres nacidos esclavos y liberados en la década de 1880 a menudo se las ingeniaban para reunir 50 pesos o más a fin de comprar un terreno para construir una casa en el pueblo. Unos pocos, como Gregoria Quesada, compraban pequeños lotes en las estribaciones de las montañas. Otras transformaciones de los patrones y prácticas de la tenencia de tierras, como la ocupación por Cayetano Quesada de una considerable extensión de tierras baldías, se producían en buena medida al margen de toda documentación legal, pero reflejaban una pauta de medidos retos y negociaciones. Cada conquista en lo relativo a la tierra aumentaba en un margen

⁷⁹ Ver Constantino Pérez a Manuel García, 18 de agosto de 1899, y adjuntos, en CSR, OGM. La historia se narra con más detalle en Rebecca J. Scott, “Reclaiming Gregoria’s Mule: The Meanings of Freedom in the Arimao and Caunao Valleys, Cienfuegos, Cuba, 1880-1899”, *Past and Present*, 170 (febrero de 2001), pp. 181-216 [versión en español en Fernando Martínez Heredia, Rebecca J. Scott, Orlando F. García Martínez (coords.), *Espacios, silencios, y los sentidos de la libertad: Cuba entre 1878 y 1912*, Ediciones Unión, La Habana, 2001, pp. 23-52].

⁸⁰ La memoria local sobre el derecho de Cayetano Quesada al sitio en San Antón aún refleja esa opinión. Un vecino anciano recordaba ante los entrevistadores en el 2001 que creía que nadie debía haber intentado quitarle la tierra a Cayetano, porque Cayetano se había “ido al monte” a pelear. Entrevista de Orlando García, Michael Zeuske y Rebecca Scott a Francisco Mena Águila, San Antón, 2001.

perceptible la capacidad de un trabajador rural de tener algún peso en los términos de su trabajo asalariado. Y cada reivindicación local exitosa estaba potencialmente acompañada también por una demanda de voz en los asuntos públicos.⁸¹

En diciembre de 1899, el general Leonardo Wood sustituyó al general Brooke como gobernador militar de Cuba. En opinión del secretario de guerra Elihu Root, había llegado el momento de pasar de la improvisación militar al establecimiento de estructuras más sólidas de gobierno indirecto. Tanto el secretario Root como el gobernador Wood eran republicanos, y estaban teóricamente comprometidos con el sufragio negro apoyado por su partido y con las críticas de este a las nuevas constituciones de los estados del Sur de los Estados Unidos, que limitaban el derecho al voto. Pero igual que los sureños partidarios de dichas limitaciones, ambos consideraban que el voto era un privilegio, no un derecho. Y esa visión dejaba la puerta abierta a numerosas restricciones por motivos étnicos, raciales o de clase. El general Wood exhibía abiertamente su entusiasmo con dichas restricciones:

El individuo que al llegar a los veintiún años no ha dado muestras de energía suficiente para acumular \$250, ni para haber aprendido a leer y escribir, o para defender a su país en una situación de guerra, es un elemento social indigno de que se le consulte para propósitos colectivos. ¡Que no vote!⁸²

Para que a nadie se le escaparan las implicaciones raciales de esa política en una sociedad en la que sólo quince años antes imperara la esclavitud, el secretario de guerra Root formuló claramente la opción adoptada:

Cuando se escriba la historia de la nueva Cuba, el establecimiento de un autogobierno popular sobre la base del sufragio limitado, del que se excluya a una gran parte de los elementos que han provocado la ruina de Haití y Santo Domingo, se considerará un acontecimiento de primera magnitud.

La velada referencia a la raza era inconfundible: para muchos blancos, “Santo Domingo” era, desde el siglo XVIII, sinónimo de “peligro negro”. Y en ese momento de tránsito entre el XIX y el XX, tanto Haití como la República Dominicana tenían como presidentes a descendientes de africanos.⁸³

El gobierno de ocupación de los Estados Unidos redactó los requisitos que se exigirían a los votantes en las próximas elecciones municipales cubanas. El voto se restringía a los varones mayores de 21 años alfabetizados, dueños de propiedades o veteranos del Ejército Libertador. Cada requisito se definía muy detalladamente: alfabetizado significaba que se era capaz de leer y escribir; dueño de propiedades implicaba estar en posesión de bienes por valor de doscientos cincuenta dólares oro de los Estados Unidos; el servicio en el Ejército Libertador debía probarse con evidencias de licenciamiento honorable. El decreto ampliaba explícitamente el derecho al voto a los residentes en Cuba nacidos en España, siempre que no hubieran hecho una declaración formal de fidelidad a la nación española. La inclusión de los nacidos en España aumentaba considerablemente las filas del electorado blanco, al tiempo que el silencio sobre los nacidos en África y China reducía calladamente el número de los votantes que habían sido esclavos o “colonos asiáticos”.⁸⁴

En el censo de posguerra realizado bajo la supervisión de los Estados Unidos, se contabilizaron unos 26.000 ciudadanos varones de color, de más de 21 años, que sabían leer y

⁸¹ R. Scott y M. Zeuske, “Property in Writing”, pp. 677-682.

⁸² Louis Pérez, *Cuba between Empires*, pp. 309-310.

⁸³ Citado en *ibid.*, p. 311. Le agradezco a Richard Turits haberme aclarado el doble significado de esta referencia a Santo Domingo

⁸⁴ Ver U.S. Congress, Senate, “Qualification of Voters at Coming Elections in Cuba”, 56th Cong., 2nd sess., Sen. Doc. 243, ser. 3867, 1900.

escribir. Esos hombres podrían votar, siempre que el criterio de los registradores no fuera más riguroso que los de los encuestadores del censo. Pero una cifra tres veces mayor de varones de color de más de 21 años de edad (78.000) *no* sabía leer y escribir, y otros 2.000 sabían leer, pero no escribir. De esos 80.000 hombres, sólo los que pudieran probar haber sido licenciados honorablemente del ejército tendrían derecho a votar. Con esas regulaciones, las elecciones municipales cubanas contarían con más votantes de color que cualquiera de las recientemente celebradas en Luisiana, pero aun así, quedaría excluida una cantidad desproporcionada de personas de color.⁸⁵

Pero los derechos a la voz y la dignidad públicas, una vez que han sido efectivamente ejercidos, son difíciles de revertir. Ciriaco Quesada se había enfrentado al mayordomo del Santa Rosalía y había ayudado a rescatar la controvertida mula. Cayetano Quesada había perdido su caballo, del que se apropiara un oficial superior, pero había limpiado y sembrado tierras ociosas para mantener a su familia. Ambos se consideraban veteranos, y lo mismo pensaban sus vecinos.⁸⁶ ¿Se abstendrían de reclamar su derecho al voto sólo porque sus nombres no aparecían en las listas de los licenciados formalmente del ejército en 1898? En Cuba, como en Luisiana, la cuestión de los límites y el contenido de la ciudadanía estaba a la orden del día como problema práctico y constitucional, de cuya solución dependería la forma que adoptaría la vida pública a inicios del siglo xx.

⁸⁵ Ver *ibid.* De los varones adultos blancos nacidos en Cuba, 79.000 sabían leer y escribir y 94.000 no sabían hacer ninguna de las dos cosas. De los nacidos en España cuya ciudadanía estaba “en suspenso”, 56.000 sabían leer y escribir, y 17.000 no.

⁸⁶ La historia de la pérdida que sufrió Cayetano Quesada de la que fuera su cabalgadura durante la guerra está tomada de entrevistas realizadas en el 2001 a su yerno, Evelio Castillo, y a su vecino Francisco Mena Águila.